



El fruto de ocho horas de trabajo.



El fruto de veinticuatro horas de descanso.

Hojita número 9

Se ha publicado, y va dirigida á los curas, rogandoles que ayuden á Nakens á reventar á los frailes que les quitan el pan de la boca á ellos.

Es conveniente, por lo tanto, que todos los curas la lean.

CHARLE MOS

Preámbulo breve

Que no quería hablar, harto lo he demostrado callando durante tanto tiempo.

Que debo hablar, me lo dice á voces el desbarajuste en que está el partido republicano.

He aguardado á ver si otro rompía el silencio en público; mas al ver que callan todos y el mal se agranda y perpetúa, me he dicho: «Seré yo, como otras veces, el que ponga la luz sobre el culebrín. Yo, que nada busqué nunca, rechacé lo que me ofrecieron y sólo aspiré á no morir sin ver á España en camino de salvación.»

Y, consecuente con esto, comienzo.

Balance de situación

Esta gráfica frase comercial da perfecta idea de lo que voy á decir.

Hay que averiguar cómo estamos, con qué contamos, qué esperamos, y si podemos continuar como hasta ahora.

Y examinado el decaer y el haber, resulta:

Que *estamos* como siempre: unidos aparentemente; divorciados en la realidad.

Que *contamos* con una masa de republicanos cada día mayor, más entusiasta y más resuelta; pero no con directores dispuestos á prescindir lealmente de sus emulaciones y sus antagonismos.

Que *esperamos* que, si se atrevera hacer en el Parlamento labor fructífera, esos hombres se dediquen á levantar el espíritu en los distritos rurales, ya que, salvo contadas excepciones, se contentan con predicar en los grandes centros á los convencidos.

Y que no *podemos* continuar mucho tiempo de este modo, sin producir, por lo menos, una gran perturbación en el partido, que lo envive para muchos años.

¡Al campo, pues, diputados republicanos, al campo! A infundir alientos y esperanzas á los explotados por el capitán; á librar del yugo del cacique y del cura á los que le y no se atreven á protestar por vece abandonados; á decirles á estos masas, vigo osas á pesar de las seculares acometidas del hambre, que sus dolores puedan mitigarse y duplicarse su pan.

A montar la máquina

¿Para qué ha nombrado el partido diputados á Cortes? No para que luzcan sus dotes oratorias en el Congreso, sino para que constantemente acusen y exijan responsabilidades; no para que alcancen fama de prudentes, hábiles y parlamentarios, sino para indignar, exacerbar y enfurecer á los monárquicos.

Si los ha nombrado, para que desquicien dentro y organicen fuera; y para que se concierten, acuerden y exijan; para que monten, en fin, la potente máquina republicana, que está desarmada, y en la que, como en toda máquina, el tornillo más pequeño vale tanto y es tan necesario como la rueda más grande.

Y todo lo que no sea hacer esto, será defraudar las esperanzas del partido, engañarlo.

Si en los manifestos electorales y en los discursos de propaganda le hubieran dicho los candidatos al pueblo: «Vamos á pasar los veinte primeros días sin pedir formalmente el procesamiento de Maura y La Cierva, ni arrancar al gobierno declaraciones concretas acerca de la expulsión de los frailes, ni depurar las responsabilidades de la guerra, y después nos iremos á pasar tranquilamente el verano á nuestras casas», si tal le dicen, ¿cuántos hubieran salido? Quizás ninguno.

El pueblo de hoy no es el de ayer; los desengaños lo han aleccionado mucho. Y es posible que, si de estas Cortes sale defraudado, no vuelva á hacer caso de discursos pomposos ni de promesas que jamás se cumplan. Está cansado ya de llevar al Congreso representantes que, después de contribuir á fabricar leyes enaminadas á conceder monopolios, crear impuestos nuevos, ó aumentar los existentes, creen haber cumplido con su deber gritando al final de cada legislatura: ¡viva la República!

El primer ensayo

No ha satisfecho á nadie.

Discursos acabados, alguna frase valiente, algún apóstrofe tremebundo; pero de lo importante ¿qué?

Ni las causas de la guerra depuradas; ni lo del proceso de Ferrer esclarecido; ni la conducta monstruosa de los conservadores condenada; antes al contrario, aplaudida por los liberales.

El debate ha resultado deficiente, muy deficiente: han intervenido en él muchos, pero no el que estaba más obligado; el que hubiera indudablemente despertado más interés; el que seguramente habría producido más efecto: Sol y Otega.

A nadie le ha extrañado que no le aludieran, para que pidiese la palabra, ni los conservadores, ni los carlistas, ni los de la Defensa social: el miedo á lo que pudiera decirles, explica su silencio. Pero que no lo hicieran los republicanos, esto sí que ha extrañado á todos.

Más aún: yo creo que, por ser él senador, y diputado cuando lo procesaron,

es decir, por tratarse de un compañero, debieron haber comenzado por pedir su proceso para arrojárselo al rostro á los conservadores. No haciéndolo, han dado lugar á que alguien piense que creían en la culpabilidad de Sol y Ortega, y no se atrevieron á pedir el proceso por no darles un triunfo á los mauristas; ó que Sol y Ortega calló por temor á lo que pudieran echarle en cara.

Y por esto, por no haber hablado Sol y Ortega, el debate sobre los sucesos de Julio ha quedado incompleto, pues nada se ha dicho acerca de los famosos autos en que los conservadores basaron su procesamiento, ni de aquel estúpido proyecto de ley violadora de la inmunidad parlamentaria presentado exclusivamente para ver si podían fusilarle, ni de tantos otros hechos que él hubiera seguramente aclarado.

Quizás haya tenido la minoría razones poderosas para obrar como ha obrado, y doctores tiene la iglesia republicana que podrán aclarar el misterio.

Pero nosotros, los que juzgamos solamente por las impresiones que nos producen los hechos, ni nos explicamos el silencio de Sol y Ortega ni la conducta de la minoría en este punto.

El remedio

¿Que si creo, después de lo dicho, que el desbarajuste del partido republicano no tiene remedio? Si lo creyese, hubiera seguido callando.

Lo tiene, y consiste en esto: en crear un organismo fuerte con este lema: «Trabajar incesantemente y en todos los terrenos por el triunfo de la República.»

¿Que cómo se llega á esa organización? De un modo sencillísimo: dándole intervención en nuestras discusiones, en nuestros acuerdos y en nuestros actos á estas tres palabras: desinterés, abnegación y sacrificio.

Bien entendido que, si la organización no se hace, no en beneficio de esta ó aquella fracción ó aquella persona, sino en el del partido republicano, podría darse el caso de que las tres cuartas partes de España fueran republicanas, y la República no viniese.

Y he dicho por hoy.

JOSÉ NAKENS

La castaña anticlerical

MORET, CANALEJAS Y EL CLERICALISMO

Jamás se ha encontrado España con un gobierno tan embozado como el actual, ni con un partido liberal tan fútil, que tememos degeneren en lo bufo.

La capa radical y anticlerical va rasgándose, poniendo al descubierto algo tan inhonesto, que no nos atrevemos á analizarlo. Todo el anticlericalismo se reduce á palabras, palabras...

La bandera de Canalejas es esta: *Irreformabilidad de la Constitución*; de la Constitución católica, apostólica, romana, aprobada tácitamente por Su Santi-

dad Pío IX, el del *Syllabus*, asegurando al clero la impunidad de todas las transgresiones constitucionales.

Si Canalejas hubiese pregonado esta «convicción» que se traía, ¿gestaría en el poder? ¿Habría arrastrado a la estación de Barcelona los cien mil hombres que le aclamaron? ¿Habrían las izquierdas reclamado su amistad y brindándole su apoyo? ¿Sería jefe de un partido liberal, ó de una fracción neo-conservadora?

Canalejas va resultando en esto más clerical y más retrógrado que Maura. Maura, por pudor y por no chocar con los estadistas serios de Europa, no confesaría públicamente este dogma, aunque lo creyera.

Y después de lo dicho por Canalejas y por Moret en el Congreso, ya está aclarado el misterio; ya sabemos por qué fué despedido éste y aceptado aquél. Moret iba a la reforma de la Constitución; Canalejas la proclama intangible. He aquí el hilo del ovillo: Moret fué echado por anticlerical; Canalejas fué llamado para prestar al clericalismo el servicio máximo que puede prestarle un sedicente liberal y para inferir al liberalismo el golpe más dañino. Por esto Canalejas aplaude a Cierva, y Cierva aplaude a Canalejas.

Si está aclarado el misterio. Por esto Canalejas echa al público castañas doradas de anticlericalismo, las tres castañas de los *signos exteriores*, del *juramento* y de las *Ordenes religiosas*, que nadie le ha pedido, que no han motivado manifestación popular de ninguna clase, que tienen a todos los radicales sin cuidado, que además no son originales, y que además están pactadas secretamente con Roma, según denuncia al público el propio Vaticano; y mientras presenta el *higui* al pueblo español, paga millones y millones, envía frailes a Marruecos, se inauguran en la capital casas y más casas religiosas, concede cruces a los reaccionarios antidinásticos y abre las fronteras de España y de la ley a los frailes extranjeros. Detrás de sus anfibiedades de palabra surgen desnudos estos hechos.

Ya relega a segundo término la cuestión clerical, a fin de dejar las mismas leyes que sirvan a Cierva para hacer nuevos fusilamientos. El, como Maura, no quiere dar programa, no quiere plazos, no admite condiciones; quiere gobernar a lo *cacique*, exigiendo del pueblo español *obediencia ciega*, *confianza ciega*, que permita a los gobiernos llevar tropas al barranco del Lobo y procesar... porque sí.

Y si no le declaran *santisimo, señor y altísimo*... ¿qué? Pues... se retirará a su casa, dejando en la estaca la... eso: las castañas del *juramento*, de los *perifollos religiosos* y el registro en blanco de los frailes para atestiguar la energía, actividad y condiciones de gobierno del primer gabinete anticlerical. ¡Vaya unas Termópilas las que ha atravesado!

Y Canalejas fué aplaudido por la mayoría unánime y aun por el *placet* de Maura. ¡Oh, envidiables aplausos de los que antaño dejaron en el desierto a Canalejas... de los que vitorearon a Moret ayer, y hoy le abandonan! ¡Oh, envidiables danzas de los perrillos hambrientos ante la galleta!

Aplaudan los PERSONAJES de la mayoría; el liberalismo europeo no aplaudirá, sino que se avergonzará de haber

algún día ensalzado a este jefe, amenazado de la más triste de las muertes políticas: la muerte del ridículo.

Nos la ha dado.

Canalejas podrá ser bueno: el canalejismo es depravado.

R. MAYOL

Atentado

Al expresidente del último Consejo de ministros del gobierno conservador, Sr. Maura, le ha disparado un joven varios tiros en Barcelona, hiriéndole en un muslo.

Condeno el hecho, como condené todos los parecidos que ocurrieron en España y en Europa; como condenaré cuantos ocurran.

Ni en esto quiero parecerme a los clericales.

Cuando hace poco dispararon otro tiro a Sol y Ortega en la estación de Gracia, ellos hicieron del suceso motivo de chacota.

Verdad es que ellos son ellos, y yo soy yo.

Los frailes en Cataluña

Razón y Fe, el organillo mayor de los jesuitas en España, remedo y protuberancia de la *Civita Cattolica* de Roma, hizo constar un fenómeno del cual debe tomarse nota. Los barceloneses, incluso los católicos, no sólo guardaron actitud pasiva ante el incendio de los conventos, permaneciendo en sus casas «cerradas con tres cerrojos, mientras dominaban en la calle los incendiarios y ladrones y se andaba a tiros en las barricadas», sino que, pasada la refriega, demostraron su único dolor «para lamentarse en sus corrillos áspidamente del excesivo número de religiosos y del excesivo número de monjas». El firmante del escrito es el sedicente *padre* Ruiz Amado, que escribe previo *imprimatur* del Provincial.

**

¿Son justificadas las censuras del pueblo barcelonés?

Esta es la cuestión que omite tratar el *padre nominal* Ruiz Amado y la que voy a tratar yo, cuán satisfactoriamente es posible tratar esta cuestión en España, en cuyo censo pecuario constan individualmente los garañones, mulos y asnos, en tanto que se encubre cuidadosamente el censo religioso.

Si ese jesuita dijese lo que siente y lo que entre ellos piensan y dicen los jesuitas, daría la razón a los que censuran el escandaloso aumento de frailes y monjas; cada Orden blasfema del incremento de las otras, alegando su inutilidad religiosa, sus inmoralidades internas, el daño que causan a la Iglesia y el escándalo social que producen. Nadie siente y lamenta estos males tanto como los obispos, obligados a ser testigos mudos de la devastación de esta ola purulenta.

Pero para que se vea la gravedad del

mal y la urgencia de aplicarle eficaz remedio, he aquí algunos datos, muy inferiores a la realidad, pero que están debidamente contrastados.

Después de la revolución del 69 que suprimió las Ordenes religiosas, hasta 1887, fecha del censo, nacieron en España *treinta y seis mil religiosos*, varones y hembras. Esta cifra dedúcese del censo que presenta 43.000 varones y 28.000 hembras *dedicados al culto católico*, ó sea *veintiocho mil religiosos y ocho mil frailes*. ¡En menos de veinte años!

**

Descompongamos estas cifras:

En el censo de 1887 constan *dedicados al culto católico* 43.000 varones y 28.000 hembras; total, 71.000; de los cuales, 35.000 varones corresponden al clero secular, parroquial, catedral, castrense, etcétera, quedando la cifra de 36.000 individuos, varones y hembras, para el clero regular de toda España.

En el término de trece años, según el censo oficial de 1900, el aumento de regulares había sido enorme, pasando de 36.000 a la cifra de 55.000 descompuesta en esta forma:

Varones.....	12.146
Hembras.....	42.826

Y teniendo en cuenta la deficiencia del censo y la frailería clandestina, puede asegurarse, sin peligro de caer en exageración, que la cifra real de religiosos en 1900 doblaba la de 1887, ó sea que cada trece años el fraile *dobla* el número de individuos.

Desde 1900 acá, ¿qué ha ocurrido? He aquí una muestra. No he podido contrastar mis notas acerca de lo que pasa en Barcelona, por la confusión de títulos y nombres de las casas religiosas. Excluida, pues, del siguiente cálculo la ciudad condal, he aquí la cuenta que llevo ya sacada.

En 1900 existían en Cataluña estas comunidades religiosas:

C A S A S		
	Varones.	Hembras.
Barcelona.....	48	204
Gerona.....	15	101
Lérida.....	14	62
Tarragona.....	12	97
Totales....	89	464

Según mis notas, que podrán ser incompletas, pero que son verídicas, desde 1900 a 1907 se han establecido en Cataluña (*excluida la ciudad de Barcelona, foco principal de la clandestinidad*) las siguientes casas religiosas:

	De varones.	De hembras.
Barcelona.....	17	57
Gerona.....	19	37
Lérida.....	8	13
Tarragona.....	4	12
Totales....	48	120

Suponiendo que las nuevas casas siguen la proporción de individuos que tenían las de 1900, según los datos del censo oficial, ó sea de veinte frailes para cada comunidad de varones y 15 mujeres por cada casa de hembras, tendremos que, sin contar la ciudad de Barcelona, ha habido en Cataluña un aumento de 940 frailes y 1.890 monjas;

que sumadas á los 2.248 frailes y 8.007 monjas existentes en 1900, dan un total para 1907 de

Frailes...	3.188	Total...	12.995.
Monjas...	9.807		

Es de observar que los frailes y monjas buscan siempre la *tierra grasa*, según decía Enrique Cok de los jesuitas del tiempo de Felipe II, ó sea los focos de población.

Habiendo en Cataluña, según el *Nomenclator Oficial*, 33 ciudades, 318 villas y 1.355 lugares, puede darse por averiguado que esta plaga de *trece mil* parásitos carga sobre las ciudades y las villas principales.

Si queremos ahora explicarnos por qué el odio de Cataluña al fraile adquiere una intensidad particular, lo veremos con sólo considerar que la población de Cataluña y Baleares con respecto al total de España es de $\frac{1}{9}$ y la proporción de frailes es de $\frac{3}{13}$.

Ahora falta considerar el capital que suponen los 584 conventos de monjas y los 137 de frailes edificados en su mayor parte en el término de veinticinco años. Hay que ver los colegios de Sarria, Jesuitas, Escolapios, Jesús-María, Escuelas Cristianas y San José de la Montaña; hay que ver *Loreto*, el *Buen Consejo*, Montesión, Dominicos y Capuchinos; hay que ver lo lujoso de los edificios, la riqueza de mobiliario y el sitio de los so ares.

Es imposible hacer cálculos. Algunos de estos edificios cuestan hasta 10 millones. Calculando en 200 mil pesetas el promedio del costo, tendríamos un capital de 142 millones enterrados allí, cuyos intereses compuestos triplicarían la suma. La manutención de los 13.000 religiosos á razón de 600 pesetas anuales cada uno, importan al año 7.800.000 pesetas. El interés del capital de construcción, los gastos de entretenimiento y conservación de edificios y la manutención de ese ejército, es el *impuesto* sacado de Cataluña por el *fraile*, á lo cual hay que añadir los capitales que envían á Roma y al extranjero, sacados del país.

Diráse que una parte de tales conventos han sido construidos con lo que los frailes trajeron de Cuba y Filipinas. Mal provecho haría al país el dinero sacado de la sangre de Cristo y de la sangre de los coloniales, amasado en la artesa eclesiástica. Algo ha aumentado esta riqueza ladronesca el capital urbano y el capital bancario; pero no sabemos en qué proporción ni con qué finalidad económica definitiva. Lo que sí es cierto, que Cataluña no quedaría con estos ingresos indemnizada del perjuicio que la pérdida de las Colonias, debida á los frailes, ha ocasionado á su industria y comercio.

Falta observar que todo ese capital extraído por los frailes de Cataluña, aunque *inmediatamente* lo sacan del rico por herencias, dotes, legados y dádivas, en último resultado sale del *pueblo obrero*, ÚNICO PRODUCTOR radical. Para

que los Comillas, Tolrá, Godó, Serra, Pons, etc. puedan regalar á sus frailes y monjas, necesitan cercenar el jornal de sus obreros, según lo vemos cercenado en los empleados de la Transatlántica, en los operarios de fábrica, en las tiranizadas telefonistas, etc. Trabajan *para el fraile*, animal de lujo de las casas aristocráticas, chupópteros de las usuras y malos negocios. Así hacen los pobres, con el robo del jornalero, para poder hacer el hospital con cuya administración misteriosa é irresponsable se pueda enriquecer el fraile tapando con la máscara de caridad pública su rapacidad secreta.

Esta plaga háse hecho tan insoportable, que no hay clase que no se queje á gritos. Los obispos se que an de que los frailes y monjas, con su dependencia directa de la Santa Sede, vienen á formar una *diócesis romana* dentro de cada diócesis. El clero parroquial ve hundirse una parroquia por cada convento que se levanta.

Es preciso oírles en su intimidad, y no en esa farsa pública de pastorales, inspiradas por la ambición, y en esas protestas parroquiales, dictadas por el miedo. He tenido ocasión de oír exclamar á Morgades, cuyas frases pueden compendiarse en ésta: el obispo de Roma, por medio de los frailes, devora la diócesis de Barcelona. De Casañas es célebre la acusación formulada ante León XIII contra la invasión jesuita, con treinta cargos de la mayor gravedad.

Del horror del clero parroquial al fraile puedo citar un caso ejemplar en el cual intervine como asesor.

Los *Hijos* esos monstruosos del *Cora-zón de María*, intentaban fundar en Sabadell su ratonera, apoyados por Sardá Salvany y por algunas pavas de su galinero místico. El párroco arcipreste era el Dr. José Alsina, hombre de gran talento, de acrisolada virtud y de largos méritos, es decir, inasequible á la maligna intriga frailuna.

Sardá y los archifrailes esos ganaron á Morgades, y en la Curia episcopal se entabló la lucha.

Tenaz el arcipreste, echó mano de los cánones para impedir que los frailes se estableciesen en el perímetro canónico reservado á la parroquia, y los rechazó, no sólo como inútiles al servicio espiritual, sino como perjudiciales roedores del honor y fuero parroquial.

No pudiendo en derecho resistir al arcipreste, el obispo comenzó á atacarle por otros flancos, tratando de envolverlo en algún expediente.

Todo fué inútil, antes bien el Dr. Alsina, sobre una comunicación insolente y atolondrada del Provisor, tomó pie para exigirle conminatoriamente una retractación, so pena de pasar á una querrela criminal por injurias y cohecho.

El complot sardanista-episcopal se vió perdido; el provisor cantó la palinodia. Pero Morgades no desistió. Llamó al arcipreste, manifestándole que, dada su edad avanzada y lo extenso de su parroquia, vería con agrado que la renunciase; á lo cual Alsina replicó con evangélica unión diplomática:

—Sñor: si usted con más edad y más achaques que yo, se atreve á apechugar con el grave cargo del obispado de Barcelona, ¿cómo me había de atrever

yo á rehuir la diminuta carga de una parroquia? Y en cuanto al agrado, también el clero parroquial vería con agrado que usara renunciara á la Mitra...

En este terreno estaba empuñado el combate cuando le puso fin la muerte de Morgades, á la cual no fué extraño del todo el párroco aquel.

Cada convento es un cáncer para las parroquias contiguas y un foco de difamación del clero secular.

Unas órdenes conspiran contra otras, se ridiculizan y se combaten encarnizadamente. Los religiosos honrados sienten vergüenza de verse atados á órdenes estrafalarias.

Citaré de esto un ejemplo singular.

Erase en Burgo de Osma, allá por el año 1890. Vivía allí una señora extravagante, apodada la *Estrada*, perpetuadora del antiguo merinaque y famosa en los contornos por las exacciones usurarias y por sus extravagancias.

Unos recién venidos carmelitas descalzos olieron la bolsa de la anciana y la muerte no tardó; hicié onle la corte en toda regla; ella prendóse de moce-tones tan gentiles y tan orondos; otorgóles testamento, dejando á sus sobrinos boquiabiertos, asombrados al pueblo aquel y excitando la rechifla de aquel clero mordaz y pícaro.

Entre los carmelitas había uno, hombre íntegro, muy íntegro y muy hombre, fraile de vocación y no de picardía. Era de Burgos, se llamaba Padre Ernesto y nos profesábamos singular amistad.

Como yo le afease la conducta de sus cofrades con la *Estrada*... lo recuerdo como si lo viese... *aquel hombre* sonrojóse hasta la congestión; la vergüenza y la rabia estallaron en su cuerpo, y poniéndose de pie dijo con gesto adecuado:

—¡Me avergüenzo del hábito que me deshonra á mí y tapa con mi honra su deshonra!

El domingo siguiente predicó en la catedral. No le oí; pero dijo algo muy fuerte... Tan fuerte, que al poco tiempo fué trasladado repentinamente á Cuzco. Un fraile tan íntegro y tan hombre no convenía á la Orden; no servía para conquistar *Estradas*.

El dinero logrado con la usura sobre míseros labriegos, pasó á ser sustancia de fraile. La sangre del labriego extenuado, pasó á ser sangre de carmelita gordinflón. La harina y vino de la mesa del labrador, fué sucesivamente pan y vino del fraile, y luego vino y hostias sagrados, y luego sangre y carne de Cristo. Cada hostia llevaba una gota de sangre del labrador; cada vinajera un sorbo de sangre de la madre famélica y del niño inane; esta era la horrible comunión: idealmente comulgaban á Cristo; realmente devoraban al explotado.

Y el fraile cantaba salmos y reía y bailaba en torno del cadáver de la *Estrada* generosa, en tanto que por los contornos cien padres y cien hijos blasfemaban su usura; mientras el fraile *perdonaba* los pecados apoltronado en el confesonario, el labrador maquinaba el hurto, el robo y el crimen en la sierra.

¡Oh, eficacia del monaquismo!

Los ricos hállanse sitiados y extenuados por el continuo maullido de estos mendigos privilegiados.

Los hijos ricos, véanse mermados; los sobrinos y legatarios naturales, son lanzados á la miseria. El fraile es mirado como ente miserable é indigno; sólo las mujeres lascivas é hipócritas los solicitan y cortejan.

El pueblo obrero se da cuenta perfecta de esta peste y del daño que le acarrea. Conoce la rapacidad frailluna, sus intrigas políticas, sus escándalos facinerosos, su alma desentrañada, su hipocresía repugnante; conoce toda su maldad por lo que ve, y lo que no ve sabe suplirlo.

Son universalmente abominados. La industria y el comercio sienten el dolor de la competencia verificada por la explotación del trabajo de los «presidarios del fraile» mal llamados «acogidos»; el magisterio, el arte, la moral, el individuo, la familia, las autoridades, **TODO EL MUNDO detesta y execra este fraile furtivo.**

Pero, sobre todo otro argumento, hay uno que colma la irritación: la *ilegitimidad del fraile* ante las leyes constitucionales y ante el propio Concordato. El monaquismo es un «contrabando» introducido contra la voluntad firmemente expresada del pueblo español y contra el texto claro de la ley; es un producto de una *tiranía ilegítima convertida en contrabandista.*

Y el problema ético-jurídico que aquí surge es formidable. Lo ilegítimo carece de derecho; destruir lo ilegítimo es reconstruir la ley y el orden.

El pueblo, al derribar por sí y ante sí los conventos, ¿ha cometido un delito ó ha vindicado la ley? La respuesta es fácil. Ha faltado á una ley *adjetiva*, usurpando una autoridad que el Estado monopoliza; pero á su vez este Estado, al consentir el matute monástico, faltaba á leyes superiores elementales, *vindicadas* por el hecho delictuoso del pueblo, porque el tiempo no legitima lo ilegítimo en su origen y raíz.

Esta cuestión de *legitimidad* es cuestión *previa y fundamental* en esta materia; los políticos no han sabido ó no han querido verla; pero voy á plantearla escuetamente. La letra y espíritu de la Constitución del Estado excluye las Ordenes religiosas; el Concordato las excluye taxativamente, y admite solamente congregaciones de varones que no son *órdenes regulares* dependientes del Papa, y aun en la medida de la *necesidad pa roquial.*

Todo lo hecho contra estos principios es notoriamente ilegítimo ante la Constitución.

¿Pudo algún ministro ó gobierno *admitir legalmente á alguna Orden*? No; las aprobaciones dadas son, pues, anti-constitucionales; fueron dadas contra la voluntad del Estado constituido contra el Parlamento. Son un fraude y una transgresión jurídica; es decir, son *concesiones nulas* ante el derecho constitucional.

Espero que los *doctores en derecho* desahagan este argumento; y si no lo hacen, he aquí la conclusión:

«Lo nulo no existe; es incapaz de derechos; la destrucción de lo nulo es la destrucción de una valla puesta al dere-

cho. Toda la fuerza que se le dé, es la VIOLENCIA.

Estas son las razones por las cuales se vió que en Cataluña el monaquismo es universalmente abominado. Todo eso de la *Defensa social, de pastorales, de gritos...*, todo es artificio político de pescadores del río revuelto de la prostitución religiosa. El espontáneo cruzamiento de brazos durante la semana trágica es el reflejo del alma barcelonesa. El testimonio del jesuita Ruiz, testigo de los sucesos, es de toda excepción. Esa era la manifestación natural y espontánea del alma barcelonesa: los gritos y blasfemias y rugidos posteriores, han sido obra del artificio jesuitico-maurista.

Pero el monaquismo irá avanzando en su propagación material y en la odiosidad. Muchos son los frailes de hábito; pero hay otras ramificaciones, y son los frailes más *frailes* que los de hábito, residentes fuera de la conventualidad y que no figuran en la matrícula oficial, diluyéndose en las otras casillas del censo. Y, sin embargo, estos son los mayores frailes: su número es como el de las estrellas del cielo, innumerable.

Por el incremento habido puede formarse el pronóstico de lo que ocurrirá con tal propagación.

Este incremento tiene singular gravedad comparándole con el aumento de población. En el censo de 1887, el censo general acusa en España 17.565.000 habitantes; el de 1900 cuenta 18.618.000. La fecundidad monástica, según lo dicho, llega al 100 por 100 en trece años; en igual período, la población no llega al 6 por 100. Para doblar el número de habitantes, España ha necesitado *cientos treinta y dos años*; el censo de 1768 es el que nos presenta un total de nacionales de 9 millones. A este paso, como quiera que el monasticismo es una carcoma de la fecundidad, á proporción que se multiplica el fraile disminuyen los matrimonios y la natalidad.

El monaquismo se come los hijos futuros de los españoles. O el pueblo español destruye el cáncer, ó el cáncer destruirá al pueblo español.

S. PEY ORDEIX

Respuesta á medias

Al Sr. La Cierva

Mi nombre ha salido dos veces de labios de usted en la discusión del Mensaje; para apuntar mi indulto en el haber del partido conservador la una, y para decir que yo había defendido el atentado personal la otra. Lo primero es cierto en parte, y en parte no; lo segundo es completamente inexacto.

Y digo que no es cierto lo primero, porque el indulto se le concedió á la opinión pública, no á mí; no se hubiera ella manifestado con tal constancia y

energía, lo mismo aquí que en el extranjero, y aún estaría yo en presidio. De esto se halla usted perfectamente convencido, Sr. La Cierva.

Por cierto que la opinión pagóle bien el favor; el único aplauso grande y unánime que obtuvo el gobierno, fué ese; lo cual prueba que fué lo único digno de aplauso que hizo.

Su empeño en recordarlo á cada paso, acusa claramente una de estas dos cosas: ó el convencimiento de que no tienen otra partida importante en su haber, á la vez que noble y simpática, ó que están arrepentidos de haberse puesto una vez siquiera al unísono con la opinión.

Pero vamos á lo otro, que es lo que me interesa esclarecer.

O á usted, Sr. La Cierva, le informaron mal los que le hablaron del artículo de El Motín copiado por El Radical con mi firma al pie, ó usted no se fijó bien al leerlo. ¿Cómo, si no, habría tomado pretexto de él para recordarme irónicamente lo del indulto?

No; el artículo no se escribió para hacer la apología del atentado personal, ni mucho menos para proponer que se ensayara en el Sr. Maura y en usted. Se escribió para recordar á todos los que vociferan contra los partidos radicales, que el *atentado personal* está sobreabundantemente justificado en determinadas circunstancias en la moral católica que ustedes profesan como ley superior á las leyes nacionales.

Y para decir que los conservadores de todos los países y de todos los tiempos han apelado á él, dándose, y aun sin darse estas circunstancias morales, cuando creyeron que el interés político lo reclamaba.

Y que muchos siglos antes de sonar las palabras *anarquista y libertario*, el tiranicidio y el regicidio eran viejos en el mundo; tan viejos como las mismas instituciones, por más que aparenten olvidarlo hoy los conservadores y los carlistas.

Pensaba haber desarrollado extensamente el tema en este número, mas lo dejo para más adelante, por respeto al Sr. Maura. Cuando se halle bien de la herida que ha recibido, lo explicaré.

Mas no quiero terminar, Sr. La Cierva, sin decirle que el artículo citado por usted no es mío, ni apareció en El Motín con mi firma. Si El Radical lo puso al reproducirlo, fué por saber que nada se publica en el periódico sin mi consentimiento, y que, por lo tanto, soy yo, como debo serlo, el responsable moral de todo cuanto en El Motín se inserta.

JOSÉ NAKENS

Rosario Soler
y la Pilarica

¡Qué lío ha armado la prensa por haber sido expulsada del Pilar la Rosario

Soler, á pretexto de si llevaba un escote más ó menos ligero!...

El hecho y los cábalas que á su derredor se forman, demuestran que España atraviesa una fase patológica alarmante... de religiosidad, de criterio, de tino y de sentido común.

Porque, vamos á ver; ¿no es dueño el clero de expulsar de sus TEMPLOS á quien le dé la gana? Claro que sí. Está en su casa; al mismo rey puede expulsar con sólo dictar contra él una excomunión fundada en un antojo de los suyos.

Además; el clero es la valla que se levanta entre Dios y el hombre, entre lo divino y lo humano. ¿La Pilarica es divina? Luego pertenece al clero. Ni la Pilarica puede salir del camarín sin permiso del clero, ni sin igual permiso pueden las hembras españolas ir á ver á su compañera. Esto ordena la Constitución del Estado.

Aquí no hay más Dios, ni más Cristo, ni más Pilaricas que las que se sujeten al clero.

Quedamos, pues, en que el cleriguito aquel del Pilar ha estado en su derecho. ¿Que esto derecho es bárbaro, impío, marrano, indecente?... Sí, todo lo que queráis; pero es ley del reino... Estamos en España, señores; no hay que olvidarlo. ¿No lo sabía Rosarito?

Pero vamos á cuentas: ¿á qué iba Rosarito á visitar la Virgen?

Esa Virgen, según atestiguan papas, obispos, ministros, leyes, jueces y alguaciles de acuerdo con los sacristanes, repugna y asquea á Rosarito, detesta sus cantos, maldice sus meneos, abomina sus miradillas y execra sus picardías. Rosarito para la Pilarica clerical, es un diablo encarnado. ¿Qué iba á buscar, pues, de ella? El único modo de acudir allí dignamente, era ir dispuesta á decirle:

«Madre mía... de hoy no más pecar... no más meneos... no más picardías... Dadme la gracia de entrarme en las arrepentidas, en esas Oblatas del paseo de Ruiseñores, explotadas por las santas monjas...» Si á esto no iba, no era digna de ser recibida.

¿Qué podría decirle á la Pilarica Rosarito? Ya sé. Arrodiada á sus pies, le diría esto:

«Oyeme, madrecita mía; ¿quieres que haga como el *jongleur* de Nuestra Señora de París? El sólo sabía danzar, y de noche iba á danzar ante la Virgen. ¿Quieres que te cante un Morrongo? ¿Que te baile un zapateado? Verás qué caídas de ojos, qué arranques de cuello, qué meneos de caeras, qué pantorras y... la gracia de Dios... Ya ves... Yo no puedo ofrecerte otra cosa mejor. La católica España me ha educado así; así me quiere y así soy... Y yo te aseguro que te divertirías más con esto que con la contemplación de esos barrigudos canónigos y esos refunfuños de rezos... Y aun darías orden de que me pusiesen tus mantos y tus joyas para verlas lucir... ¿Quieres?... ¿Tienes miedo á los canónigos?... No temas; en cuanto yo levante la falda, los vas á ver dislocados.

«Me pondrán en el altar mayor para ver mejor las enaguas desde la tarima del altar... Y verás con qué fervor miran... No sabes tú, Virgencita, lo que son esos diablos de canónigos... En Apolo toman silla de orquesta, como si dijéramos, el presbiterio... ¡Y qué ojos me echan los condenados! Parece que

dicen: «así queríamos ver á nuestra Pilarica: viva, traviesa, pícaro, alegre, cantando y gorgoriteando...» Porque, claro está que tú, de niña, saltarías á la comba, jugarías á novios, y aun cantarías el *cantar de los cantares*... Ese cantar sí que es sicalpítico... ¿Quieres que lo cantemos á dúo? Yo haré de esposo dramático, y te diré lo que te dice el canónigo... «Palomita, palomita... Eres hermosa... Toda hermosa, toda sin mancha y sin lunar...» ¿Quieres?...

«Y si no quieres... acompáñame, Virgencita, y mira en el escenario, como yo te veré á ti... imaginándote en el proscenio y diciéndome: ¡Bien, Rosarito!

«Y entonces y ahora te pido que me libres de moscardones, de viejos impertinentes, de empresarios estafadores, de representantes estafalarios, de públicos hipócritas y de gobernadores que nos prohíben en escena lo que quisieran que hiciéramos fuera de ella para su uso particular.

«¡Librame sobre todo de silbas y de criticastros lujuriosos; librame de caer en manos de los gavilanes que ridiculizan y no pagan, y dame ¡un rey!, ¡un príncipe!, ¡un papa si quieres!... pero que me haga feliz...

«Adiós, Pilarica... Hasta la vuelta, que te traeré una muñeca...»

Pero ya que Rosarito no le ha dicho nada de eso cara á cara, puede decirse lo por cablegrama.

CUESTIÓN TERMINADA

CARTA INSOLENTÉ

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío: He leído con sorpresa la exposición á las Cortes del Profesorado español, y protesto enérgicamente contra todo su contenido, rechazando todas y cada una de sus palabras.

El Profesorado español ¡lo declaro valientemente, arrogantemente, solemnísimamente!, es incapaz de soñar siquiera la redacción de un documento que ofenda en lo más mínimo á la Santa Iglesia Católica, Maestra Infalible de la Verdad, faro de la Ciencia, luz del mundo y columna de justicia. Firmemente convencido de que Ella es infalible y de que la Ciencia es falible, podremos dudar del telescopio, del microscopio, del espectroscopio del telégrafo, del sol...; pero no dudaremos jamás del Dios Trino y Uno, de la Encarnación del Verbo, del caballo de Santiago, de que los ángeles tienen alas, y cuernos y rabo el diablo.

Hijos sumisos de la Iglesia y cobradores fieles del sueldo del Estado, no queremos líos ni revueltas, reprobando *a priori* todo pensamiento, palabra ú obra que ponga en peligro la salvación del alma ó la salvación del sueldo, que se amasan y fusionan para formar un solo sér oficial.

Si la Iglesia nos manda combatir al Estado, lo haremos hasta no perder el sueldo; si el Estado nos manda combatir á la Iglesia, le daremos gusto, con tal de evitar la excomunión. La reina de las Ciencias es la Diplomacia, y nuestra ciencia es *concordataria*. En el Concordato está el presupuesto pacífico.

Rechazo nuevamente la exposición, que acuso de diatriba, exigiéndole la

rectificación ó desafiándole á publicar las firmas.

Dr. Pío Paniagua del Mendrugo, doctor in utroque, catedrático de Prima y de Bordin en la Universidad de Alcalá.

RESPUESTA CORTÉS

Sr. Paniagua Mendrugo:

Ruego á usted, como á todos sus compañeros, que me perdonen la inocentada que cometí, creyendo auténtica la exposición recibida por conducto de una señora que me dijo llamarse doña Dignidad Científica, y que tenía aspecto distinguidísimo y porte de noble dama.

Creí la exposición tan razonada, tan justa, tan oportuna, tan propia de quienes la suscribían, que habría temido ofenderlos sólo con dudar un segundo de su legitimidad.

Usted me ha hecho ver mi engaño, y júrole que ha desvanecido una de mis más acariciadas ilusiones: la de que la redención de España viniera por los hombres de ciencia, los que saben, los que valen, los que pensaba yo que avanzarían siempre con el ejemplo las ideas morales que predicaban.

Desde hoy, cada vez que piense en esto, volveré mi vista hacia esos obreros de las ciudades y esos jornaleros de los campos que, á veces por que á un compañero no se le guardaron las consideraciones debidas, protestan indignados y dejan el trabajo, único medio de vivir que tienen, permaneciendo meses y meses sin poder llevar pan á sus hijos. Y eso que muchos de ellos no saben leer siquiera.

Y ahora un favor, Dr. Mendrugo. Si algún día tropieza usted por casualidad con la señora que vino á verme, doña Dignidad Científica, sírvase preguntarle dónde mora y comuníquemelo para que yo pase á ofrecerle mis respetos, ya que tan pocos le guardan los más obligados á ello; esto, suponiendo que usted la conozca y ella se digne contestar á su pregunta.

Continúe usted como hasta hoy, doctor Paniagua y Mendrugo, haciendo honor á sus apellidos; aconseje á sus compañeros que soliciten cambiar los que tengan por los de usted; nombren patrono de la institución á Sancho Panza; y cuando oigan hablar de gentes que protestan viriles por agravios inferidos á su honradez profesional, contesten con el acento de las convicciones arraigadas: «esos son otros López», es decir, «esos no son estos Mendrugos».

J. N.

Más sobre los protestantes en España

En su último número, *Revista Cristiana* replica al articulillo que dediqué á la campaña protestante, para castigar cierta cita de mal gusto y un tanto jesuita con que la citada revista habló de EL MOTIN, respondiendo á censuras claras, nobles y directas que éste les había dirigido á los sedicentes protestantes.

Lo primero que noto en este último artículo es que se arrepiente y enmienda de aquel procedimiento sinuoso, lo cual celebro por su propio bien y decoro.

No por la necesidad de la materia, sino por el crédito de mi firma, debo replicar al arrepentido colega que me ratifico en mis primeras afirmaciones, sintiendo hallarme en el caso, no de atenuarlas, sino de agravarlas.

Que los protestantes combaten á todos los disidentes no es la verdad, sino la *media verdad*. La verdad entera es que se combaten mutuamente en sus disidencias intestinas con celo ejemplar. Ejemplo, el *Sinodo de París de 1872*, cuyos extensos volúmenes son una prueba continua y un arsenal de pruebas.

Que en Alemania se suman con el centro para combatir á los racionalistas y continuar los privilegios sociales, ni posibilidad de duda cabe.

Que en Francia se opusieron en unión de los católicos á la separación... ¡Aclaremos el concepto, agravándolo! En Francia hay unos protestantes simples, que son los herederos de los hugonotes, reconocidos por el Estado, subvencionados con millón y medio de francos, exentos del servicio militar los pastores... en fin, como los frailes. Y éstos se resistieron á separarse del Estado, ó sea de sus privilegios.

Pero desgajados de éstos y de los católicos hay otros protestantes de doble cuño, que protestan contra los católicos y contra los hugonotes. Estos no lograron ser reconocidos por el Estado á medida de su gusto; y para quitar á los otros la ventaja que les llevaban pidieron la separación de aquellos.

De modo que... ¡peor que peor para nuestro colega!

Y en prueba de lo contrario, citemos la revista un sólo caso de capilla ó Pastor protestante de los *unidos* al Estado, que renunciara su sueldo ó su privilegio.

Estos hechos valen por mil textos.

Que en España se han adherido á la persecución de las escuelas laicas es tan cierto, que *Revista* no citará un sólo hecho de solidaridad explícita con ellas. En cambio, un periódico protestante de Madrid aplaudió el cierre de las «escuelas ateas». Si el colega no recuerda el texto, lo rebuscaré.

Que en España los protestantes han sido los mayores enemigos del modernismo, lo demuestra su *pasividad de obra*. Las citas que de sus trabajos aduce como prueba contraria, nada significan. En cambio yo aseguro que el «modernismo español» por razón de las circunstancias excepcionales de España requirió energicamente dichos protestantes al concurso que por *deber moral* están obligados á prestar á todo movimiento de emancipación del clero romano, habiendo sido inútiles los requerimientos, cuando ya no hallaron como respuesta excusas lindantes con el escarnio y la bafa.

Desmíentame la revista y cite (excepción hecha del difunto apostólico Friedner) un solo *dicho* ó *hecho* formal en favor del modernismo español.

En cambio, si es preciso, yo le citaré hechos en que individuos del clero romano que tuvieron la mala idea de confiar en los jefes de profesión protestantes se hallaron en el dilema católico-clerico-inquisitorial: «ó protestante ó nada».

¿Que son más clericales que el Papa y más tiránicos? Basta decir que si las Congregaciones romanas son famosas

por su arbitrariedad, es porque los *sinodos* de las iglesias protestantes meten menos ruido por su relativa pequeñez. El clericalismo es tan rabioso que se ha producido una escisión y dado origen á una congregación que niega radicalmente el clero, el *ministerio* ofi al y todo pastoreo. De la tiranía son testimonio las ordenanzas que dió Calvino cuando fué obispo-cacique de Ginebra imponiendo modas de vestir, de comer, de sentarse... en fin; ríanse ustedes de las reglas de conventos.

Una última cuestión *gramatimal* surge. En los protestantes hay escuelas desde los *unitaristas* y *liberales* contra quienes apenas tienen cosa que alegar los racionalistas, hasta los anglicanos que están con un pie en la Compañía de Jesús y otro en la orden de Torquemada.

Los unitaristas, por ejemplo, no tienen más que un dogma expresado en un precepto: *ama á Dios amando al hombre*, importándoles por igual que el Dios se llame Alá, Fo, Eli ó Padre Eterno. Los hombres nada tienen que alegar contra ese Dios que quiere ser divinizado, venerado y amado en los hombres; es un buen Dios; es un *Dios modernista*.

Pero el «Dios» del atollón trado Lutero, del pérfido Calvino, del mentecato Farel y del energúmeno Enrique VIII, que manda odiar y exterminar las nueve décimas partes de la Humanidad, ese Dios enemigo del hombre, que ha declarado guerra mortal á todo el que no se le postre y adore; ese Dios no es para los hombres; es un mal sujeto, tanto peor y más dañino, cuanto más «Dios, más fuerte y más inmortal» se presenta. Es el Dios de los ejércitos de las guerras, de la devastación, de la Inquisición; es el Viejo-Ente en cuya cuenta figura la nueve décimas de los crímenes, males y estragos que lloró la Humanidad vieja y cuyas consecuencias lloramos todavía los de la Humanidad nueva.

Con esto queda puesto el punto final á la polémica.

Lo dicho, dicho.

UN DOCTOR MODERNISTA

*Medio roída una cruz
lleva á cuestras un monago;
detrás, callandito, un vago
anda á paso de avestruz,
sin pararse en la carrera.
¿No hay dinero? Pues no hay coro.
¿Es pobre? ¿No tiene oro?
De contado á la caldera.*

Cárcel de Madrid

El día 22 del corriente se dió en ella un gran escándalo; *tapaó ra* á toda orquesta, gritos, tiros...

¿Causas? Las ignoro. Si estando dentro de nuestras cárceles y presidios es casi imposible saber la verdad (tal se la disfraza y desfigura), ¿cómo averiguarla estando fuera?

Dícese que las causas fueron el querer aplicar estrictamente el nuevo director el brutal é inhumano reglamento que rige en ella.

Es posible, mas yo creo que no fueron esas, sino el saber los reclusos quién es y cómo ha procedido el señor Navarro de Palencia en cuestiones penitenciarias donde quiera que ha estado.

A la hora de cerrar este número no ha llegado á mí ninguna versión directa acerca de lo ocurrido; si me la envían, la daré en el número próximo.

Lo que sí aseguro des te luego, es que, si el nuevo director reanuda en la Cárcel Modelo de Madrid los procedimientos de todas las prisiones donde ha estado, vamos á tener á menudo espectáculos parecidos al del día 22.

Y diré más: dados los procedimientos penitenciarios del Sr. Navarro de Palencia y los expedientes que por ellos se le han formado, creo que no han debido ponerlo al frente de la Cárcel de Madrid, por grandes que fueran sus cualidades y merecimientos en otro sentido.

A menos que no se trate de perpetuar en nuestras prisiones la violencia y la crueldad, parapetándose los que tal hagan tras reglamentos infensos interpretados por un personal hambriento y de mediana cultura.

Estaré á la mira de cuanto ocurra, para demostrarle al Sr. Navarro Reverter que no es de los que cumplen lo que ofrecen; y al país, que debe ocuparse más de los atropellos, iniquidades é infamias que se cometen en nuestras prisiones, y que ca la día son mayores, como es lógico que ser, dada la impunidad de que disfrutaban sus autores.

PRECIOSO DOCUMENTO

Carta que el párroco de la Asunción de Nuestra Señora de Almodovar del Campo, ha escrito á D. Justo María de Rivas, vecino de aquella ciudad:

«Hay un membrete que dice: Parroquia de La Asunción de Nuestra Señora de Almodóvar del Campo.

11 Julio 1910.

Sr. D. Justo María de Rivas.

Muy estimado señor mío y buen amigo: Temeroso de molestarle con mi visita y también para que obre con entera libertad, me valgo de este medio, y no lo hago personalmente, el recomendarle la indicación que, en otro tiempo, me permitió exponerle, de la cesión al curato de su casa habitación, con lo que haría un señalado beneficio á la Iglesia, muy honroso y muy meritorio para un católico como usted. míxi ne encariendo de parientes próximos, y de que recibirá más provecho que legiendo á á cualquiera persona, por buena y agradecida que ésta sea.

Por mi parte y en nombre de la Iglesia aceptaría el compromiso, obligado en forma legal, de celebrar todos los meses una misa por usted y otra por su difunta esposa (q. e. p. d.) y todos los años unas honras por cada uno el mismo día del aniversario de su fallecimiento ó el más próximo posible; y además co ocar una lápida en sitio preferente y visible de la casa, en la que conste la donación, con los datos que usted desee.

De este modo recibirán ustedes sufragios perpetuamente; s a el más remoto peligro de que dejen de aplicarse nunca cualquiera que sea el párroco; porque actualmente tendrá éste que dar cuenta al señor obispo, de su cumplimiento. Ni lo impedirá tampoco la ra-

pacidad de los poderes públicos, que como usted sabe, aunque en distintas épocas han arrebatado los bienes de la Iglesia, capellanías y fundaciones pías, *siempre han respetado las Casas Rectorales, ó de los Curatos*, como hubieran respetado la que en pasados tiempos habitó el párroco de esta localidad si hubiera estado cedida á la Iglesia en la forma que le propongo, entonces ningún tribunal hubiera reconocido el derecho de los parientes del fundador de la memoria á que pertenecía, como lo hicieron, y que siguió la misma suerte que las demás; aquí no consta que se hayan vuelto á cumplir las cargas.

Sin dificultad podía dejar el usufructo de la casa á persona determinada, que deseara favorecer con esta prueba de afecto y distinción, y la propiedad que fuera del Curato. Con lo que evitará que, cayendo mañana en poder de un esclavero ó descreído, se vea convertida su casa en una taberna ó centro de vicio, ó que para hacerle cumplir la carga, que en todo caso pensara usted imponerle, fuera preciso andar en los tribunales con desdoro del generoso donante y merma del valor de la finca, si otro capital no poseía el desagrado herederero.

Bien meditado lo expuesto, verá usted con claridad que en cambio del beneficio material que hará á la Iglesia, recibirá un provecho espiritual, que solamente así lo puede esperar, y que vale más que todo lo temporal y caduco; que al fin, queramos ó no, hemos de perder, y lo que es tristísimo, sin utilidad alguna para la otra vida.

En caso de que usted se resuelva á hacer tan prudente donación, bastará con que lo disponga por testamento ó escritura pública, expresando las condiciones, y después de su fallecimiento, que deseo esté muy lejos, al aceptarla se observarían las prescripciones legales, para asegurar el cumplimiento de las mismas.

Queda á su disposición affmo. capellán y a. q. b. s. m.—*Ramón Prado.*

¿Han visto ustedes con qué inocencia, con cuanta sencillez prepara este cura el cartucho de perdigones de la salvación eterna, para tinar una casita en este misero valle de lágrimas?

Quisiera yo ver ante ese cura á todos los que se dedican á dar el timo del portugués. Se sentirían de fijo avergonzados y confundidos ante la superioridad de ese su hermano en el procedimiento famoso.

Pero advierto que acaso esté censurándolo sin razón... ¡Tal vez el infeliz tendrá ama! ¡Y el ama hijos acostumbrados á llamarle padre!.. ¡Y el amor á la familia le habrá inspirado esa carta!..

Perdóname, presbítero, el no haber caído en ello hasta ahora.

¡A ellos!

HOJITAS IGNACIANAS

¡A los anticlericales

Están á disposición de los celosos propagandistas tres *Hojitas* de éstas,

para que comiencen á repartirlas desde el día de San Ignacio (31 del actual).

Su objeto es poner á la vista de los individuos embobados por los jesuitas, la *verdad histórica* del fundador, la *realidad verdadera* de su vida y de su figura.

Sin ataques, sin escarnios, y aun con cierto tinte de cariño, estas *Hojitas* son, *por esto mismo*, el ataque más formidable y el medio mejor para desencantar de sus encantamientos á los infelices embabecados por historias falaces hábilmente urdidas.

El jesuitante, al acabar la lectura, quedará con este dilema en su cerebro: ó la *Hojita miente*, ó *mienten los jesuitas*.

Pero como las *Hojitas* llevan las citas de lo que dicen, los jesuitas habrán de destruir esas citas. Mas como esas citas son *suyas*, de jesuitas, al desmentirlas se habrán de desmentir á sí mismos.

Esta es la eficacia de estos preciosos argumentos. La verdad simple y desnuda saliendo á combatir el embuste.

El Ignacio de las *Hojitas* es el que parió su madre; el que exhiben los jesuitas es el que ellos han engendrado en su genio malhechor.

Por donde vaya un jesuita, debe ir detrás la *Hojita*: reuniones, visitas, excursiones, baños, fiestas... y aun el confesonario. El que vaya al confesonario á decir: «Padre... soy apostól de la verdad... La conciencia me obliga á traerle este mensaje invitándole á salir de su error... Y ahora quede con Dios... Yo le bendigo y pido al Señor su conversión...», ese tal hará una confesión excelente de la fe anticlerical.

Por todos los medios y á todas horas, hay que procurar convertir á los que están en el error; sabiendo que entre los jesuitas hay muchos pillos, pero que son más los tontos engañados, hay que arrancárselos. Cuando se queden sin tontos, los pillos se destruirán unos á otros; porque dicho está: «el hombre es lobo para otro hombre; el fraile es tigre para otro fraile; el jesuita... es el satanás del compañero.»

¡¡Hojas al aire!!

VIRGO PRUDENTISIMA

*Sin saber qué hacer un día,
en casa del cura entré;
llorando al ama encontré;
él no sé dónde estaría.*

*Le pregunté:—¿Por qué llora?
y ella al punto me contesta
con esta simple respuesta:*

*—¡Déjeme estar por ahora.—
En vano fué el insistir
en que la causa dijera,
pues de ninguna manera
me la quería decir.*

*Mas supe al fin lo que fué;
que un campesino que entró
con sarcasmo le gritó:*

—¿Y su marido de usted?

¿No hay en Haro algún amigo que nos pueda facilitar noticias de la desaparición de una monja del Hospital

de la M. de Dios y de otra de la Real Casa de Caridad y Beneficencia?

Si lo hay, envíenos sin temor cuantos detalles recoja; que no es para censurarlas, sino para aplaudirlas.

Libros en venta

DE TRES PESETAS, TOMO, Á UNA

Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Puñado de ironías.—Humorismo anticlerical.—Cartas y dedicatorias.—Mi paso por la Cárcel, por José Nakens.

DE CINCO PESETAS, Á DOS

La Iglesia y la moral (dos tomos), por Laurent.

DE CINCO PESETAS, Á UNA

Moral jesuítica, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

DE DOS PESETAS, Á 0,75 CÉNTIMOS

La religión natural, por Meslier.
El Testamento del cura Juan Meslier.

DE UNA PESETA, Á 30 CÉNTIMOS

La Serpiente Negra.
La Sima de Iguzquiza.
Tigre tonsurado.
¡Ojo al Cristo!
Dios, Patria y Rey.
Y dice el sexto mandamiento.

DE 60 CÉNTIMOS, Á 0,20

A dónde conduce el socialismo, por Eugenio Ritcher.

LIBRO NUEVO

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,

ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBRES Y ODORÍFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

Granitos de oro

Dos céntimos pliego.

Retrato de José Nakens

Gran tamaño.
Una peseta.

¡SÓLO PARA HOMBRES! SICALIPSIS MONASTICA

XIII

Kursaal divina

Sete años de Pastor Jacob servía
Labao, ¡ay de Rachel, serrana bela.
Mais non servia ao p. y, servi. á ela.

(Cantoens)

El pueblo que mira tranquilo
venir la muerte, es porque sufre
demasiado para vivir. Por esto
muere sin quejarse.

(Tao-Ti-King, sección 15.)

(SÓLO PARA HOMBRES MAYORES DE EDAD)

Ya está el diablo metido en el cuerpo de la monja, es decir, de cada monja. Cada una de ellas lo siente, y tan firme y fuertemente es así para ella, que no bastarán fuerzas humanas para convencerla de lo contrario en tanto que se halle bajo la influencia hipnótica del fraile.

Todavía en Jaca tenemos la solemnidad de los *endemoniados*. Son simples epilépticos, á quienes se ha hecho creer que su enfermedad procede de la posesión demoníaca. El relato que de tan bello acto del culto católico hacia el *Nuevo Mundo*, dice que los miserables aquellos, para quienes la ilusión se ha convertido en verdadera alucinación, «golpean al obispo, escupen los crucifijos, quédanse á veces desnudos, hasta caer rendidos». En los conventos estas escenas son frequentísimas. Todas las monjas saben que están preñadas del diablo con preñez perpetua. Los latidos de la carne genética son latidos del diablo: esto les ha enseñado á sentir la fe del fraile.

Una vez descubierto este secreto terrible, toda la vitalidad uterina es alienato del diablo; el calor es soplo del diablo; el ardor es fuego del «tizón» del infierno. La atención aplicada continuamente á estos órganos, exalta su sensibilidad. Oraciones, lecturas, pláticas, ejercicios, hábito, profesión, cilicios y penitencias, todo gira alrededor de ese centro orgánico, irritado por esta intuspección continua, por la inactividad física, por la suciedad, en fin, por la inflamación creciente. El útero pasa á ser un nuevo cerebro de la monja, ó si se quiere el único objeto del cerebro. Sólo en él piensa, sólo él la preocupa.

Para exacerbar esta vida diabólica é infernal, Valencina aguza la más refinada psicología de la mística, adiestrando á las monjas en todos los secretos de la fisiología demoníaca, esto es, del arte que el diablo, encerrado en aquellos órganos, se da para manejar el «teclado».

En varios pasajes de sus libros se entretiene morosamente en estas descripciones, haciendo frases capuchinas, como la de tocar el instrumento «jugando por carambola» (*Carta á Teofila*,

página 149) ó excitando en el cerebro de las «esposas del Señor» «tentaciones de varias clases á cual más feas y horribles».

Dejando para más adelante el dueto horrible que van á formar los dos registros, el divino y el diabólico, en el órgano monjil, no es, como se ve, el teclado genético y fisiológico el único que ataca el diablo. Cuando este teclado calla por fatiga ó por desgaste, el demonio súbese por la médula al cerebro y allí celebra su carnaval saánico. Y puestos en comunicación ambos cerebros por los nervios conductores de la atención, obrando mutuamente las ideas de arriba como excitantes de las sensaciones de abajo, y éstas de las ideas de arriba, y entrambos á dos, estos centros, rebeldes á la voluntad impotente para aislarlos, ahí se encuentra la monja poseída plenamente del diablo en todo su ser físico y mental, entrando en la batalla formidable y tempestuosa que Valencina describe á Teofila en estos términos (páginas 150 y 151):

«De las tentaciones. Son innumerables, y ni una sola carece de peligros. Las hay momentáneas y pasajeras, pero tan violentas, que nos aturden y asombran, sin dejarnos tiempo para la defensa. Otras son ligeras y breves, pero suaves y deleitosas, y esa delectación que traen consigo nos deja perplejos, sin saber si las consentimos ó no. Algunas son muy frecuentes, y entonces podemos familiarizarnos con ellas y perderlas el miedo; y su misma frecuencia cansa, nos fatiga y casi nos rinde. A veces las tentaciones son muy persistentes, duran mucho tiempo, y en este caso el mayor peligro consiste en que duren ellas más que nuestra resistencia».

«A veces el diablo nos combate de un modo directo, y cuando tiene el alma abrumada con malos pensamientos y llena de imágenes seductoras, cuando ya le parece que está cansada de resistir, le propone que afloje un poco, que permita tal desahogo, que ceda alguna cosa, y con eso se debilitará la tentación. ¡Ay de ella si afloja!, porque ese aflojar no debilita á la tentación, sino que la aumenta. ¡Ay de ella, si cede en lo más mínimo!, porque ceder siquiera un ápice equivale á una derrota segura; y ¡ojalá que no fueran tantos y tantas los que saben esto por una triste experiencia!».

¿Cómo será capaz de resistir la monja tal estado de violencia sin volverse loca á los cuatro días?

He aquí la receta con que el fraile dora la píldora de su pócima de saludador:

En todas las tentaciones, sean breves ó duraderas, violentas ó suaves, frecuentes ó tardías, tenemos un motivo de consuelo. Cuando en guerra declarada ataca el enemigo una fortaleza, buena señal: señal que esa fortaleza no es suya; y mientras más bombas arroja sobre ella, tanto mejor: eso indica que la fortaleza no se le rinde. Pues del mismo modo, cuando el demonio nos asalta, buena señal: eso es indicio seguro de que no le pertenecemos; y cuando los malos pensamientos vienen sobre nosotros, como proyectiles sobre ciu-

dad sitiada, mejor señal; eso es prueba que no damos entrada al enemigo, porque, desde el momento que se consiente, acaba la lucha y comienza la amargura del remordimiento.»

Esto último es aquello que sólo puede decirse en latín: *omne animal post coitum tristatur*.

«Por eso, aunque caigan sobre ti las tentaciones como las gotas de agua en tiempos de lluvias (*vaya un cosquilleo!*), y se sucedan con tanta violencia como los truenos en día de tempestad, no temas, que esos truenos sirven para purificar la atmósfera, y aquellas lluvias para fertilizar la tierra de tu alma.»

Más claro ni el agua: el fraile no quiere una monja fría y seca; la quiere ardiente, movida y endiablada del todo.

Necesitaría copiar muchas páginas para expresar por completo la enrevesada moral mística; no me es lícito fatigar al lector; pero si hemos de mirar por el ojo de la puerta de la celda á las monjas atacadas del furo diabólico para ver la cara que ponen en aquellas *delectaciones*, alojamientos y bombardeos. Habla el fraile:

«Pasan las pobreceñas por entre torbellinos de tentaciones, y esos torbellinos se suceden unos á otros, como las olas de un mar borrascoso, y cada una de esas olas borrascosas es más horrible y espantosa que la que lo precedió» (pág. 156).

¿No bastan al lector estas palabras? ¿Desea saber las gesticulaciones, muecas y posturas artísticas de una mujer bregando entre borrascosas olas y envuelta por el torbellino? No despegues el ojo del de la cerradura; Valencina nos lo dirá, riéndose como un sátiro mefitofélico. Dícenos:

«Peronas conozco yo que cuando sienten una tentación de esas cierran los ojos, arrugan la frente, tuercen el gesto, aprietan los puños y mueven la cabeza á un lado y otro, diciendo con ella y aun con los labios que no, que no quieren aquello. Demás está el decirte que todo ese aparato es inútil, y que sólo sirve para excitar la risa de quien lo ve.»

¡Reíos, padres de familia, reíos de las muecas y meneos de vuestras hijas enfrailadas! Reíos, autoridades; haced coro al fraile que ha soltado el trapo á la risa! Yo supongo que habrá algún lector que al contemplar estas comunidades de mujeres «cerrando los ojos, arrugando la frente, torciendo el gesto y apretando los puños», que son los movimientos faciales y braquiales producidos por los «retorcimientos, apretamientos, torturas y contorsiones» de otros centros ganglionares; yo supongo que algún lector, al ver esto, sentirá en sus pupilas, no el rayo de la lascivia frailluna, ni en sus labios la risilla del sátiro, sino el fuego de la ira y las sacudidas de la irritación. Vaya el Valencina á «reirse» del espectáculo al lado de un lector, acabando de leer estas líneas, y verá de seguro pasarse á la cabeza los pelos de sus barbas.

Y ¿qué hace el «esposo celestial» ante

las contorsiones de sus esposas y ante las risas de su «vicario»? Reirse también: es el placer del divino sadismo...

...

En la celda se hace el silencio; la monja cae extenuada por la fatiga de esta lucha formidable. Lo que dentro de ella ha pasado en esta refriega lo veremos en otro capítulo. La infeliz se sienta, cargando su débil cabeza sobre la mano temblorosa del brazo izquierdo apoyado sobre la mesa; coge con la diestra la pluma y escribe... ¿A quién? Al «vicario» del marido celestial. ¿Qué le dice?... Espera, lector; ya cierra la carta; no la interceptemos. Ya está de vuelta el recadero; trae la respuesta del fraile; interceptémosla. Maravilloso; el fraile copia la carta de su víctima; hela aquí según el citado libro:

«Dices que te han cercado dolores de muerte y que las sombras del infierno se han desencadenado sobre ti como olas furiosas que atemorizan al navegante con sus mugidos espantosos. No sabes lo que te pasa ni lo que será de ti. Tribulaciones de fuera y persecuciones de dentro; padecimientos en el cuerpo y negra tristeza en el alma; desprecio en los seres más queridos; amargura de corazón y aflicciones de espíritu; tentaciones horribles, pesares sin cuento, y una desolación tan grande, y una sequedad tan atroz, y un desconsuelo tan intenso, y un abandono de Dios tan insufrible, que casi te crees condenada. ¡Pobre Teófila!»

«¡Pobre Teófila!!! ¡Y lo dice su corruptor, su seductor y su verdugo! ¡Lo dice el reverendísimo fray Cocodrilo!»

He aquí las ortigas, cicutas y adelfas del claustro tapadas por aquellas flores; he aquí los reptiles que estaban en acecho detrás del fraile-pájaro; he aquí el abismo y el degolladero á que el raposo zagal ha traído la oveja con aquellos sus silbos de sirena... «Dolores de muerte, sombras de infierno, rugidos espantosos, tribulaciones, persecuciones, padecimientos, tristeza, aflicciones, pesares, desolación, abandono insufrible... ¡¡CONDENADA!!»

Si; condenada á los frailes, á ser destrozada por ellos, á servirles de pábulo de su lujuria, de entretenimiento de sus ocios, de cuerpo anatómico de su prurito libidinoso, de objeto risible de sus risas, de paño de sus lágrimas cocodrilescas.

¡Pobre joven, arrancada del nido alegre del hogar y sepultada en el infierno!... Huíste de los padres, y has encontrado lobos; huíste del esposo, y concebiste el diablo en preñez perpetua; huíste del mundo, y caíste en el infierno; buscaste un vicario de Dios, y te ha salido cocodrilo..., que llora de tanto reír...

Para eso te querían; no buscaban tu alma, sino tu cuerpo; no buscaban salvarte, sino seducirte; no librarte del mundo, sino secuestrarte; no llevarte al cielo, sino traerte á este infierno.

¿Las flores del claustro?...

Necia: son las enredaderas puestas al balcón del hediondo lupanar.

¡¡Condénada!! Ese mismo quejido pronuncian las infelices ramera ruidas por los vicios; tus visiones son las mismas que las de ellas; tu carta al fraile es la carta que la Dama de las Camelias escribirá en su agonía á sus padres... Igualitas: soledad, abandono, sufrimiento... ¡¡Condénada, irremisiblemente condenada! Tu ambición te perdó; quisiste ser esposa de Dios, y fuiste manceba del diablo.

Así te ha pagado el padre espiritual... el ángel de Dios...

S. PEY ORDEIX

Máximas morales

Si prestas á un cura un duro, lo perderás de seguro.

Sé en tus promesas sincero... sino prometes al ciero.

Mujer que el templo frecuenta, de puro sucia revienta.

No reces nunca el rosario, porque es un vicio ordinario.

El hombre cauto se aleja si ve un sombrero de teja.

La garita de los cuentos produce mil escarmientos.

LOS VAGOS

Todas las clases sociales, con ser muchas, se encierran en dos: la numerosa y útil de trabajadores, y la numerosísima de vagos.

La clase de vagos tiene ramificaciones infinitas, pues se la encuentra en los palacios y en las cabañas, en los templos y en las chozas, en los cuarteles y en las universidades, en las aldeas, en la tierra y en la mar. Vagos son, en efecto, los reyes y los pastores, muchos obispos y no pocos artesanos, gran número de militares y los estudiantes en su mayoría, los pescadores en seco y todos los animales marítimos, excepto el hombre de mar.

De los animales terrestres, el más vago es el hombre; de los marítimos, el hombre únicamente se ocupa en faenas de alguna utilidad.

Los seres que trabajan, desde el manso preceptor hasta el pacienzudo buey, desde el inventor de máquinas eléctricas hasta el perro de caza, todos comprenden la necesidad y la justicia de reducir á ocho las horas de trabajo. Únicamente los vagos censuran á los obreros y combaten sus reclamaciones, temerosos de que un día les toque hacer á ellos lo que no hagan los otros. Temor pueril y sin fundamento alguno, pues aunque todos los burros se declarasen en huelga, no por eso trabajarían los canarios ni los tiburones; aunque holgasen los bueyes, no trabajarían ni los ruiseñores ni los monarcas ni los arzobispos.

Los vagos no serán nunca partidarios de las huelgas, por lo mismo que las

conocen desde su más tierna infancia. Como poseen el derecho inalienable de holgar, saben lo que eso aburre, fastidia y daña á la digestión. Compadece á los que no estiman en todo su valor el derecho de trabajar sin descanso, y dicen que éstos quieren renunciarlo porque en este mundo nadie está conforme con su suerte.

¡Pícara suerte!... Nadie, nadie la estima.

No obstante lo dicho, será fácil que algún día quieran también los pastores que se les rebajen las horas de trabajo; los malos ejemplos cunden; y si ven que los mineros ó los empleados de ferrocarriles no quieren trabajar más de ocho horas, saldrán diciendo que ellos no quieren tampoco trabajar doce ó más horas cada día, pues son demasiadas horas para pasarlas sentados á la orilla de un arroyo cuidando las ovejas ó las vacas.

La vagancia ó vida contemplativa es tan vieja como el mundo. La practicaron los fundadores de todas las religiones antiguas y modernas, los grandes sacerdotes de todos los paganismos y de todas las mitologías, los pastores de cerdos y los pastores de almas, los guerreros que han pasado su vida en plena paz y los representantes de los mal representados pueblos sin distinción de castas ni de dinastías.

Los vagos, en conjunto, forman una sola clase; pero ésta se subdivide en grupos muy numerosos. Hay diferencias apreciables, aun dentro de cada grupo; que si los vagos desdennan el trato y la amistad de los trabajadores, también se desdennan ellos mismos los unos á los otros, según el género de vagancia que los ocupa ó distingue. Como ellos dicen, la igualdad es una utopía.

¿Ni cómo habrán de alternar los vagos nocturnos con los diurnos, los vagos de nacimiento con los accidentales, los cernícalos con los mochuelos ó las lechuzas con las lagatijas?

A los vagos se les conoce muy bien por mucho que se disfraen.

Los unos se descubren llegando siempre tarde, aunque corran con actividad febril, como ese que no alcanza nunca el ómnibus y se queda á pie.

Los otros se denuncian contra su voluntad y por su propia lengua, jactándose de lo mucho que trabajan... sin que nadie lo haya visto.

A muchos se les conoce en la ropa; traje talar, vago de categoría y por derecho propio, por derecho consuetudinario. Son vagos de los pies á la cabeza, pues sólo usan de la cabeza para vestirse, de los pies para desnudarse. Todo el mundo sabe que si se visten por la cabeza, en cambio se desnudan por los pies.

Hay vagancias útiles, como la del pajariaco sin voz y de poco vuelo que destina sus horas á vestirse y á peinarse para hacer la corte á solteronas ricas, doncellas petrificadas, viudas feas. Así tiene quien repare en él, quien alabe el cor de sus pantalones ó de sus botines y quien celebre sus genialidades.

Pero es todavía más útil la ocupación del vago sempiterno que juega al tresillo y hace trampa, lo cual quiere decir que gana siempre. Como ha dicho Voltaire, el que hace trampas y pierde es un idiota. No lo era Talleyrand, cuya fama de tramposo le ha sobrevivido; pero él explicaba con su acostumbrado

cinismo la necesidad que tiene de engañar al prójimo el que no puede ganar de otra manera. Y añadía: «Nadie puede ganar de otra manera... y yo no pierdo nunca; lo malo no es hacer trampas, sino que se vean.»

Las frases de Voltaire y Talleyrand nos recuerdan á Licurgo, cuyas leyes no castigaban el robo, sino la torpeza del ladrón que era cogido infraganti. Muy torpe es, en efecto, el que no sabe su oficio.

Los vagos, ya que no sepan otro, saben el suyo perfectamente bien. Saben, principalmente, elu tir los rigores de la ley de vagos, que jamás se les aplica.

En la clase de vagos, como es justo, nadie queda sin su merecido. Al fin y á la postre, todos reciben el castigo de su ociosidad: unos acaban en presidio y otros en la Academia de la Lengua.

Sin contar los que pasan su existencia en la soledad y en la oración, los cuales, si la justicia no es una palabra vana, acabarán en los profundos infiernos.

NICOLÁS ESTÉVANEZ

Adiós su dinero

Don Judas Ladrón de Guevara era un señor de lo más devoto que podía imaginarse. Se pasaba la mañana en la iglesia, las tardes en las juntas de cofradías y parte de la noche en el círculo de obreros católicos, ó en cualquier otro círculo piadoso.

¡Pobre señor! ¡Con qué desinterés trabajaba por la propagación de la fe, difusión de las buenas creencias y moralización de las clases populares!

Se había impuesto la impropia tarea de ser tesorero de casi todas las hermandades de la población, habilitado de casi todos los conventos de monjas y depositario de todos los círculos piadosos, abandonando para esto sus antiguos negocios de préstamos, en los que había hecho un capitalito decente, ó cuantioso, que no es lo mismo.

Sólo en hombres como D. Judas cabe el desinterés de olvidar sus asuntos por cuidar generosamente los ajenos. Así es que no había asociación nea donde no se elogiase su actividad y su probidad y se le tributasen frecuentes votos de gracias.

Pero llegó una de esas terribles crisis bursátiles que sumen en la miseria á centenares de familias, y con gran asombro supieron los confiados católicos de la ciudad que D. Judas, que operaba en Bolsa con los fondos que le confiaban, había huido.

¡Qué procesión á la casa del fugitivo agente! Los hermanos del Carmen, de San Antonio, de San Roque, de San Luis, etcétera, todos se convencieron de que don Judas se la había dado de primos, y arrojaron por aquellas bocas los mayores improperios. De haberle cogido, el que menos le hubiera sacado los ojos.

¡Pues no digo nada las demandaderas de monjas! ¡Si hubiera caído en sus uñas! Allí unos y otras dieron rienda suelta á su ira, enumerando entre insultos las cantidades que se había llevado su depositario.

—¡Qué pillo!—exclamaba un neo.— ¡Diez mil reales del Santísimo Cristo!

—¡Y cinco mil de la Virgen de la Soledad! ¡En botica se los gaste!

—¡Y mil quinientos de nuestro con-

vento! ¡Que otros tantos demonios le arrastren!

—¡Hasta el dinero de las ánimas se ha llevado ese ladrón!—gruñía el padre capellán de la cofradía de las benditas almas.— ¡Bruto de mil!—añadía— ¿A quién se le ocurre confiar los fondos de las ánimas á un Judas? Este año ya no habrá novena y perderé el importe de los sermones y otros emolumentos. ¡Ánimas benditas! Vosotras seguiréis en pena, pero dudo que la vuestra sea mayor que la mía.

Y así en esta forma, todos los devotos desahogaban su ira, sin acordarse de pedirle á los santos que pareciera don Judas, sino acudiendo al Gobierno civil y al juzgado de guardia para que buscasen y prendiesen al que acaso á aquella hora estaría en el extranjero echando sobre sus problemáticos remordimientos la socorrida frase de «quien roba á un ladrón», y soñando en los siglos de perdon que alcanzaría por haber desposeído á varios.

Que así piensan unas de otras las gentes devotas, sin duda porque todas están en el secreto.

Un gato y una gata en los tejados,
al pálido reflejo de la luna,
de amorosos deseos embriagados
pretenden aumentar la grey gatuna.
La escena e templan extasiados.
envidiosos tal vez de su fo tuna,
un en a joven y una moza guapa,
mutuamente pensando... pero, tapa.

Los defensores de la Iglesia

La Iglesia es la institución humana (eso de divina ya sabemos que es palabrería) que tiene más amigos y enemigos. A su sombra se desarrollan muchos intereses y se labran muchas ruinas. Prodigia las sonrisas y el llanto; en torno suyo surgen coros de alabanzas y conciertos de apóstrofes é imprecaciones.

Para muchos es la vida; para muchos es también la muerte. Unas veces los hombres se acogen á su regazo buscando calor y apoyo; otras huyen de su contacto o como de aspid venenoso. En pro de ella se han escrito millares de apologías; en contra suya han salido á la luz millones de libelos. Están justificados los amores que inspira, como lo están los odios que acarrea. El que la defiende tiene sus motivos; el que la execra posee sus razones para ello. Es un manantial del que brota la alegría y la tristeza. ¿Cómo se explica esta paradoja? Veámoslo.

EL PAPA

El primer defensor de la Iglesia y el más obligado á ello es el Papa. La defiende, porque la Iglesia es la justificación suprema de su vanidad exa tada á un grado infinito. Misero mortal; va-o frágil de carne y barro, como todos los hombres, la Iglesia le crea un abolengo semidivino, cuyas etapas pueblan santos, apóstoles, pontífices y mártires. Le otorga el virreinato de Dios sobre la tierra, le convierte en representante de la divinidad, pone en sus manos las llaves del cielo, sobre su cabeza la dia-

dema del poderío universal, en su mente la inteligencia infalible, á sus pies todos los solios y todos los cetros, ante su trono todos los cuerpos y todas las almas, le otorga todas las riquezas, lo encierra dentro de maravillosos palacios con jardines babilónicos, velan su sueño y guardan su cámara ejércitos de servidores, la alabarda del zuavo refrena los entusiasmos del creyente, es escuchado como oráculo, y sus brazos se hunden dentro de los cofres que encierran espléndidos tesoros. Todo esto y mucho más debe el Papa á la Iglesia; por eso se enciende su ira contra el que toque á la orla de su manto, flamean los rayos de sus anatemas contra los rebeldes y condena á la mansión de los precitos al que osa contrariar á la institución, por cuya virtud *sedet super universum*.

EL OBISPO

Otro paladín de la Iglesia que recoge de reflejo los rayos que irradian del pontificado. Si el papa proviene de Cristo, al obispo le otorga la Iglesia la genealogía apostólica, y le coloca sobre su silla sacando su orgullo, satisfaciendo su vanidad, acariciando sus apetitos, dándole patente de corso para alar la viña del Señor, esquilan las ovejas del rebaño sagrado, y disponer de su honra y el pan de los sacerdotes. Para que el sapo morado esté contento, la Iglesia le concede palacios, quintas de recreo, pajes, carrozas, vestiduras de oro, de seda, encajes finísimos, joyas y pedrería, báquicos festines, recepciones con besa manos, magisterio supremo, autoridad sin límites, cortejo de damas, millones en los bancos, entrada expedita en los rejos alcázares, nómina espléndida, facultad para separar el trigo de la cizaña, templo suntuoso en el que su sitial sobre sale á todos, senado brillante de flamantes canónigos, mercedes amplias que otorgar y bendiciones á granel. Sería una infamia el que estos señores se mostrasen desagradecidos con esta matrona magnánima, siendo inconcuso que *Spiritus Sanctus posuit episcopos regere ecclesiam Dei*.

EL CLÉRIGO

Se desvive por la defensa de la Iglesia y sus derechos el cura, porque esto representa para él la continuación de su divino papel de farsante, condenador de pecados, creador de su Dios en la misa, portero del cielo, purificador de las almas en el bautismo, y escudriñador del tálamo nupcial, con derechos inalienables sobre los vivos é hipotecas sobre los muertos á los cuales encasilla en el infierno ó en el purgatorio según la ofrenda. La Iglesia es el escudo de sus tropelías, de sus oficiosidades, de su cuquería mezquina, que llena sus arcas, coloca aretes de oro en las orejas de su ama, hace crecer rellenos y sonrosados á sus sobrinos, y echa dentro de su olla succulentos bocados. Ella le conduce desde la parroquia de pingüe arancel, al coro de la catedral donde pisa alfombras y arrastra cola de seda, mientras digiere el hartazgo, dormitando al sonsonete de los salmos ó le trasladada al oratorio del magnate donde embauca al marido, hace señas á la duquesa y corrompe la frescura virginal de los niños, facilitando el avance futuro del jesuita, ó lo eleva á la capilla

palatina donde hace genuflexiones ante el monarca, contra cuyo solio conspira en la sombra. Otras veces la mano pródiga de la Iglesia le conduce á regentar el hospital, donde se ceba con carne dolorida, ó bebe lágrimas de huérfano en la inclusa, ó se oculta tras el cuerpo encorvado del anciano asilado, y prensa los dolores y las miserias todas, y de todas saca raja para su despesa, mientras aclama á la Iglesia *que hæc bona nobis fecit*.

EL FRAILE

Es la flor más preciada del jardín de la Iglesia y uno de sus adalides más osados y procaces. El fraile esgrime su espada en defensa de esta su dama, porque ella le hace en la tierra semejante á los ángeles, el sacerdote perfecto por excelencia, privado de todas las miserias y usufructuador de todas las delicias. Ella le da el monasterio rico, con vistas, intoretras, amplio lecho, ventilada celda, traje y calzado perpetuos, baños, viajes, despesa atiborrada, refectorio selecto, besuqueo de beatas, corte de filoteas, ofrendas de penitentes, legados de moribundos, títulos de sabio y justo, salvoconducto para escurrir bolsas á cambio de suspiros celestiales, todas las delicias de la carne, independencia y riquezas cubiertas con el antifaz de los tres votos, la posesión de todo con la apariencia de las privaciones, el vientre convertido en Dios mientras las disciplinas sanguinolentas se exhiben á los devotos ciegos.

El fraile es deudor á la Iglesia de todas las bienandanzas terrenas; el hábito que echó sobre sus hombros ha sido un mágico talismán que ha convertido en eden para él este valle de lágrimas; es el único que coje sin sembrar, y mientras el sudor amasa el pan de todos, él descansa ahito, con el hastío de la abundancia y la dejadez de todo deseo satisfecho. Por eso la defiende y la defenderá siempre, porque ella es la columna donde descansan todos sus regodeos porque para eso el fraile grita sin cesar: *Christus crucifixus est milii*.

LA MONJA

Esposa de Dios, émula de la Virgen, envidia de los querubes, la Iglesia la ha salvado de la maldición divina, de las cruces del matrimonio, de la cárcel del hogar, del fango y de los miasmas de la tierra.

La monja defiende á la Iglesia porque es el guardián que vela con el misterio las orgías y el erotismo loco de sus claustros; la que teje sobre su cabeza un nimbo de luz celestial, sublimando sus debilidades femeniles, meciéndola al arrullo de plácida holganza entre el ara del altar y las celosías de los ventanales de su convento. La Iglesia es para ella el blanco y muelle lecho, el hábito coquetón con rizadas tocas, el jardín exuberante de flores, los caprichos exquisitos de una cocina refinada, las largas y tenebrosas pláticas con su confesor, el perfumado billete del doncel místicamente enamorado, el chocolate á solas con el P. Espiritual, las relaciones sáficas con la hermana de corazón, apasionado, el chismorreos del locutorio, los títulos de la Deuda que se acumulan en ingente montón en el fondo de la caja conventual, los regalos de los bienhechores, los privilegios de las leyes, la

exención de jurisdicciones laicas, el mundo aparte que limitan las tapias del monasterio, los bandos, rencillas, intrigas y venganzas donde triunfa la más hábil ó la más ladina, el incienso de los elogios y de las lisonjas que llegan hasta sus rejas, las amarguras de la madre de familia evitadas, el porvenir y las angustias de los hijos que no estrujarán su corazón, la existencia cuajada de flores y de idilios hasta que se llega á la corona celestial, porque para ella se dijo: *veni, sponsa mea, veni, coronaberis*.

LA BEATA

Toda su vida, dinero, honra y afectos consagra á sostener los derechos de la Iglesia y es poco. Influencia social, tiranía en el hogar, dirección de voluntades, terror de políticos, perturbadora de familias y conciencias, proveedora de carne monástica, cruz de los maridos, tósigo de la juventud, ruina del comerciante, enemiga de la paz, agitadora perenne, la beata debe á la Iglesia todo cuanto es y vale. Por ella escamotea los fondos de las cofradías, y especula con los bancos de San Vicente de Paúl, y estruja á las blancas al impedir su trata. La Iglesia le da dinero, respetabilidad, perfume de santidad, mientras recorre con el *chauffeur* toda la gama del amor vedado, y piensa en el cielo mientras la mano única del amante profana los misterios de su cuerpo purificado por la confesión cotidiana. Es terrena y quiere aparecer divina; arde en los incendios de la lujuria mientras sus ojos soñadores fingien éxtasis etéreos. Ante su poderío se inclina toda cerviz, desde la del ministro á la del lacayo; enemiga de madres, hijas y esposas, á todas las envuelve con la baba de su caricia. Es una aliada formidable de la Iglesia, de la que recibe cuantiosos galardones que ella aprovecha en vida por si faltan en el cielo y *risus dolore miscebitur*.

EL NEO

Espía, guerrillero, esclavo de todo vicio, pone á la Iglesia sobre los cuernos de la luna porque de ella vive, por ella medra, y sin ella todas las salivas caerían sobre su rostro. Ella es su escudo en sus expolios, fraudes y cohechos, tapando con el escapulario el 90 por 100 de sus préstamos y la ruina de sus pupilos; e la le abre la puerta de los gineceos sagrados y del asilo donde la huérfana, peor que en el lupanar, es prostituida por él de cuerpo y alma. Pirata santificado, toda depredación le es lícita, y un mordisco suyo en la honra ó en la hacienda tiene por galardón cien días de indulgencia. Es el defensor de la Iglesia que más abunda y el más dañino. A sus huestes las llamó Jesús *generatio prava atque perversa*.

FRAY GERUNDIO

*Siempre de bulla y jarana,
ya jugando, ya bebiendo,
siempre broncas promoviendo
se le encuentra al buen sotana;
ó rondando á una barbiata,
ó alborotando el casino,
ó zurrando á algún vecino
de noche y en despoblado...
¿Y ese es un hombre ordenado?
Pues, ¿qué será un libertino?*

¡Hasta en el Uruguay!

No sólo en la Argentina se piensa en la ley de separación de la Iglesia y del Estado; en el Uruguay va adquiriendo gran prestigio el partido de José Batlle Ordóñez, contra el cual intriga desesperadamente el clericalismo, por haber logrado la abolición de la beneficencia monacal y prohibido la explotación de la milagrería de ciertas imágenes.

Que no se apuren los curas y frailes de ambas repúblicas si la separación se decreta.

Aquí está España, que recoge la basura clerical de todas las naciones, y á la cual pueden traer sus cuerpos, el fruto de sus rapiñas y sus vicios.

Seguros de que no se les recibirá á tiros.

Por ahora al menos.

NOTAS DEL CAMPO

Todos los años con el verano venía por aquellos pueblos de la Sierra un afilador gallego, que á fuerza de caminatas y de privaciones terribles lograba llevarse un puñado de pesetas para su tierra.

Era un atleta sin educación de gimnasio. Por unos céntimos, por una copa de vino levantaba aquel hombre pesos inverosímiles.

En una posada le pusieron un día sobre un extremo de un pesado banco que mediría unos tres metros de largo un pedrusco enorme, y le invitaron á que levantara ambas cosas del suelo sujetando el banco por el extremo contrario. Con facilidad lo hizo.

Uno de sus alardes favoritos, era el desafiar á los mozos de cada pueblo para que seis ó siete de ellos tiraran de una cuerda que se ataba á la cintura y trataran de hacerle perder terreno. Este torneo se efectuaba sentándose el gallego cerca de una puerta en cuyo quicio apoyaba los pies, sirviéndole de única sujeción, y antes de comenzarle imponía la condición de que no hubiera tirones repentinos, sino que el esfuerzo fuera en aumento de un modo progresivo.

Conociendo á los mozos de los pueblos, le auguré la muerte en una de sus experiencias.

Efectivamente; hace pocos años que unos mozos se pusieron de acuerdo para tirar todos repentinamente obedeciendo á una señal convenida; dieron el tirón y... allí quedó el cadáver de aquel Goliat que afilaba navajas.

No muy lejos de la carretera que servía de paseo á la gente burguesa del pueblo y en un barbecho azotado en aquellos momentos por el sol, un grupo de mozos discutía con algazara y trataba algún asunto de extraña gravedad, á juzgar por sus voces y ademanes.

Nos acercamos hacia aquella gente y bien pronto supimos de qué se trataba. Era simplemente de la realización de una apuesta.

Dos mocetones, usurpando el oficio á las mulas, habían trabajado en yunta,

tirando del arado que un amigo clavaba en tierra. De esta manera labraron una cuartilla de terreno.

Sudando á todo sudar y sin despojarse de sus trofeos de trabajo—los arreos de los animales,—se disponían á cumplir la segunda parte de su programa: embucharse un pienso con su ración de paja correspondiente, idéntico á los consumidos por el ganado de labor.

Mi acompañante se interpuso y evitó aquella merienda. Por milagro no fué merecidamente coceado por aquellos machos, á quien impedía lucirse mostrando la vocación y condiciones que reunían para llenar á la perfección el muy noble oficio de bestias.

Añejo es el cuento del desconfiado caballero, que huyó de la gran capital y se largó á un pueblo en busca de una mujer inocente que ni con candil pudo hablar en la ciudad. ¡Estúpida pretensión la de querer, siendo forastero, llevarse lo que no había para los del pueblo!

Las mozas lugareñas, ignorantes en todo, no lo son, sin embargo, en obscenidades que oyen desde muy niñas hasta en los labios de sus mismos padres. El lenguaje brutal utilizado por hombres y mujeres y adoptado desde luego por ellas mismas, facilita bajo este aspecto los más intrincados conocimientos, y permite el absoluto dominio de la teoría, antes de que la práctica llegue desvaneciendo pequeños errores, que siempre será imposible evitar en toda doctrina de aplicación que empíricamente se enseñe.

Después... las mozas andan por el campo (en éste hay mucho espacio y muchos lugares muy solitarios, aunque no tanto que no sean visitados por algún mozo); los juegos entre mozos y mozas son muy naturales, y jugando cualquiera tropieza, rueda por el suelo, aplasta un rodal de una siembra y... ¡Hay cosas tan humanas, tan lógicas!

Suceden estos hechos de un modo instintivo, quizá algo brutal, pero sin refinamientos anejos al vicio, y exentos de toda preocupación.

La mujer del campo está libre de esa atormentadora idea que ata y refrena los impulsos naturales de la señorita de pueblo ó de la mujer que vive en grandes capitales: un tropezón significa para éstas el porvenir, la deshonra, generalmente la imposibilidad de hallar marido.

La campesina se casa siempre que quiere, sin que la estorben debilidades anteriores.

JOSÉ ARAGÓN

(Continuará.)

Fué á Roma don Blas Coloma, que es de Vilaciervos cura, y ocurrióle una aventura con una chica de Roma.

Aventura que á don Blas, tras de costarle unas blancas, le hace andar con unas zancas que parecen un compás.

Y héte aquí por qué me río cuando vocifera: «Hermandas, esas bellezas romanas conmueven al más impío.»

FEROCIDAD CARLISTA

Vea el lector, por la carta que publicamos más abajo, los grados de brutal ferocidad que calzaban los titulados jefes carlistas.

¿Comentarios? ¿Para qué hacerlos? Publicando íntegro este curioso documento nos ahorramos hacerlo, pues en él se explican, hasta en los menores detalles, los refinamientos en el suplicio á que llegaban aquellos despreocupados é incultos sujetos.

La carta dice así:

«Muy señor mío: En contestación á la muy grata de usted, debo decir que en la mañana del 20 de Octubre de 1836 se me presentó D. José Llorente, oficial de la facción que mandaba D. Benito Catalán (á) el Royo de Noguera, por ser yo síndico del Ayuntamiento y ejerciente de jurisdicción, y me dijo que necesitaba los sacerdotes que hubiera en el pueblo para auxiliar á cierta familia que traía. A este efecto nos encaminamos á casa del señor cura, y procurando éste desviarle de su propósito diciéndole no tenía ánimo para tales actos, contestó Llorente que le siguiese, y saliendo con D. Santiago Aparicio, también sacerdote, y yo, fuimos á la carretera y vimos una porción de prisioneros que los subían hacia el alto de la cuesta y donde se toma el camino de Rubielos. Me hicieron subir allí un barril de aguardiente, y después de haber bebido, dijo el Catalán que fueran principiando á confesar para fusilarlos; pero sin dar tiempo para la confesión, da orden para que los desnuden, y los prisioneros suplicaron al Catalán que no les quitasen la vida; pero desatendiendo toda súplica, tanto de los prisioneros como del Ayuntamiento, clero y las personas principales del pueblo, mandó que se le subiese una tabla, una azada y un pliego de papel; plantó la tabla en tierra en la carretera. Hecho esto, al principiar á fusilar, esforzamos nuestras súplicas diciendo que pidiese dinero pero que no les quitase la vida, á lo que contestó: «que si teníamos dinero para dar por los ladrones, que luego lo daríamos, que allí sólo se admitía el cambio y sustitución de uno por uno de los prisioneros».

«Primeramente fusiló 19 ó 20, gritando los que iban á morir: ¡Viva Isabel III! Luego fusiló otros tantos en medio de la carretera en una heredad contigua. Los muertos fueron 77, y sólo se libró uno, que fué el que abrió la iglesia del pueblo de Arcos, donde los cogieron. Su jefe llevaba un hijo, y al tiempo de morir dijo que le quitasen la vida á él mismo, más no á su hijo; que no tenía tiempo para morir, y para mayor barbarie, fusilaron primero al hijo, luego al padre. Al tiempo de marchar se nos pidieron siete mil reales, y me dejaron pena de vida si les enterraba para que les viesen las columnas nacionales; pero yo, no pudiendo tolerar tal carnicería, que horrorizaba, les enterré junto á la carretera. Cuatro días después se presentó en ésta Peinado con 24 prisioneros más de los mismos, á quienes éste no les quitó la vida y llevó á Cantarrija, y por este acto, de cuatro facciones que las tropas de la reina iban á fusilar en el mismo punto, libraron á uno, por ser de la facción de Peinado.

Es cuanto puedo decir á usted, y espero conteste usted á su seguro servidor,
J. S.»

El Mundo Militar.

Del ama de don Ventura, tísica hasta la asadura, dice el médico Barrantes: «Esta se va por instantes al hoyo; no tiene cura.»

Pero explicar me conviene, que si al fin espicha irene (y esto al buen doctor no exalte), no es porque cura le falte; al revés: porque lo tiene.

Comunidades religiosas

en Astorga en 1910

Antes de entrar en materia, como preámbulo indispensable conviene anotar que Astorga, situado en una región pobre, puede contar algo más de 5.000 habitantes; pues estos cinco mil habitantes necesitan los siguientes servicios religiosos aparte de los que tienen del clero secular.

El día 6 de Noviembre de 1883 unos Padres Redentoristas fundaron en esta ciudad una pequeña comunidad en el antiguo convento de San Francisco. Llegaron pobres, y aunque la tierra es pobre y la industria es, con raras excepciones, más pobre que la tierra, ellos, industrioses como pocos, lograron ensanchar su finca en términos, que hoy el antiguo convento ha prosperado convirtiéndose en la mejor finca de Astorga.

¿Cómo han logrado tanta prosperidad? Ellos venden devocionarios, rosarios; venden también se litos milagrosos con el retrato de la Virgen, maravillosos para el tratamiento de toda clase de enfermedades por graves que sean; ignoro en qué dosis se toman ni creo que importa: lo real es que ni la farmacopea han respetado. Es pública voz y fama que fabrican chocolate, pero el autor de este escrito no ha podido comprobar este rumor; y por eso no sabe si es ó no es cierto, y así y por no faltar en lo que pueda á la verdad, lo consigno como rumor, pues no es posible investigación alguna por no poderse entrar en el convento.

En la actualidad existen, que yo sepa, 18 padres presbíteros, mas unos 60 entre legos y estudiantes; éstos paran tarde ó temprano en frailes apenas cuentan la edad suficiente.

En el año 1898 se fundó en Astorga una comunidad de frailes que se llaman *operarios de Cristo*; no son más que cuatro dedicados á la vigilancia de los alumnos internos del seminario, y acaso con más interés á la administración de los 30.000 reales asignados por el gobierno á los seminarios.

¿Y el rector del seminario? ¿Y el claustro de profesores? ¿No son, señor obispo de Astorga, los encargados de esa misión? ¿Quién mejor que el claustro de profesores puede saber las nece-

sidades del seminario? Yo creo que por bien de la enseñanza, para no restar fuerza moral á los profesores, ni los alumnos no deben tener más vigilancia que la de sus maestros, ni más cuidado en lo administrativo que la de todo el claustro. Jamás creí que la intervención de las ordenes religiosas llegase hasta eso.

En cuestión de enseñanza no para todo en lo dicho. En lo que fué seminario menor, se ha fundado en Noviembre de 1909 una comunidad de unos padres denominados Maristas; no son ni presbíteros, es decir, no están ordenados *in-sacris*; el colegio es reciente, en buen local y aún no enseñan, pagando por supuesto, más que instrucción primaria, contabilidad, francés y música. Libros, cuadernos, papel, etc., se expende en el colegio. Una pregunta; ¿qué contribución pagan por la casa-colegio?... Otra: el edificio es de la diócesis; ¿puede el obispo hacer donación de él? Yo, profano, creo que no; pero cuando así se ha hecho, razones poderosas habrá para ello.

Son pocas las comunidades de hombres en Astorga, muy pocas, pero es que la tierra no da para más y el Maragato, trabajador como pocos, reúne su capital á fuerza de labor, ya en su tierra, ya en América, y es poco aficionado á convertirlo en capital muerto, donándolo á los conventos ni á las iglesias.

Comunidad femenina

Tenemos un convento de monjas de Santi Spiritus, cuya fundación data del 22 de Octubre de 1505, siendo provisor del obispado el Sr. D. Sancho de Acebes. Son de clausura con votos perpetuos. Conforme á su regla deben dedicarse á la vida contemplativa; conforme á la concesión se debían dedicar á la enseñanza gratuita de las niñas; pues bien; tienen, en vez de esos dos fines perfectamente concretos, un taller de ropa para las iglesias.

El convento tendrá unas 18 monjas.

Otras de clausura, respetables por su antigüedad, aprobado el establecimiento de este convento por D. Alfonso XI, confirmado por varios reyes y entre ellos Carlos III, son las monjas de Santa Clara, franciscanas como las anteriores: se dedican á la vida contemplativa.

La concesión fué dada para la enseñanza gratuita y no se cumple; pero en cambio se dedican á tener señoras de piso. Naturalmente muy ricas.

Con votos simples existen las siguientes:

Las hermanas de la caridad del Hospital de San Juan; estas religiosas se establecieron en Astorga el 18 de Junio de 1885, para la asistencia de los enfermos del Hospital. En 1887 fundaron escuelas de párvulos; en 1890 de adultos; progresando de tal modo, que hacia el 1897 se hicieron grandes reformas y ampliaciones en los locales destinados á la enseñanza, y eso que por el año 90 tenían en las adultas más de sesenta niñas entre internas, externas y medio pensionistas.

Como en todos los obispados españoles, por lo menos en los que yo vi, existe un excelente hospicio cuya fundación se remonta al reinado de Carlos IV. Las monjas, hermanas de la caridad, se establecieron bastante más tarde; el año 1866; cuidan y educan á los asilados y se dedican también á la confección de ropa blanca.

Cumplen con sus reglas las siervas de María y las hermanitas de *ancianas desamparadas*. Las primeras cuidan del Hospital de las Cinco Llagas, datan del mes de Julio de 1892, y cumplen la constitución de su regla asistiendo á los enfermos, ya en el Hospital, ya á domicilio. Las segundas, cuyo instituto se fundó el año 1882, se establecieron en Astorga el 5 de Mayo de 1894 y se dedican á cuidar los viejos de ambos sexos que se albergan en la beneficencia.

Según declaración del propio presidente del Consejo de Ministros, estas órdenes ó comunidades no están dentro de la legalidad. Es decir, en el orden civil están fuera del derecho; pues en el eclesiástico lo están más aún. Los Redentoristas no habrán sido creados, es una suposición, para vender menajes de iglesias, sellitos curativos, ni establecer industrias. Los *operarios*, únicos en su clase, no serían tolerados en ningún centro de instrucción, porque implica su intervención algo muy desairado para el claustro del seminario.

Los maristas ni siquiera son presbíteros; ¿qué títulos tienen para la enseñanza dentro del orden religioso? Los dos conventos de franciscanos no cumplen ni su constitución ni el fin determinado en la concesión, dedicándose á otros fines no espirituales. En cambio las hermanas de la caridad tienen los colegios que aquéllas deberían regentar.

He aquí, pues, lo que son las órdenes regulares de Astorga: el ejército de Cristo experimenta una revolución honda, muy honda; ya no combaten con el doctrinal cristiano; aquella vida contemplativa llena de ensueños ideales, de ansias inciertas y nebulosas, de pasiones malas contenidas y desbordadas en esa fantástica mística, han muerto; aquella vida podía ser, en medio de todos sus errores y de todos sus defectos, al través de todas sus inmoralidades por sabidas, olvidadas, una aristocracia en el mundo espiritual; pero hoy no; hoy la aristocracia espiritual, muy escasa, se refugia en el cura, mientras que el fraile se abroquelaba en las funciones materiales de la industria y en los materiales egoísmos del comercio. El seminario de esta ciudad es todo un símbolo; los curas forman á los futuros sacerdotes, les dan su sabia mental; pero el fraile administra los cuartos.

MARCIAL SPES

Casualidades

En un artículo titulado así, dice un periódico clerical:

«Hace poco más de dos años que una banda de energúmenos masones penetró en la capilla del Convento de Carmelitas de Lille y uno de ellos rompió las piernas del Cristo colocado sobre el

Tabernáculo, mientras otro profería enormes blasfemias desde el púlpito.

El primero, que era diputado por Ardesons, al subir al tren en marcha, en la estación de Hazebronek, se cayó á la vía y resultó con ambos pies cortados por las ruedas de los coches. El otro se halla atacado de locura furiosa.

¡Qué casualidad!

«El Arzobispo de Burdeos publicó hace algunos meses una pastoral enérgica sobre asuntos de actualidad, dando á sus diócesanos acertados consejos en sus relaciones con el Poder Central que de manera tan inicu persigue á los católicos en Francia.

El Arzobispo fué procesado por orden del gobierno y condenado al pago de una multa.

El juez que le condenó murió repentinamente á los pocos días de haber dictado la sentencia.

¡Otra casualidad!

«El señor Obispo de Bayona fué también procesado, hace pocos meses, por motivos análogos á los del Arzobispo de Burdeos y condenado igualmente al pago de una multa.

El juez que firmó la sentencia murió de repente, antes de que aquella se hubiera ejecutado.

¡Otra casualidad!

«No hace todavía un año que en San Juan de Luz (Francia) se celebraron unas elecciones en que los radicales cometieron toda clase de atropellos contra los católicos.

Uno de los que más se habían distinguido en esa obra nefanda y que con más entusiasmo había trabajado contra Cristo, murió allí trágicamente en pocos minutos.

¡Otra casualidad!

«El mismo día de la citada elección y en el mismo punto, al conocer el triunfo de los sectarios, una mujer del pueblo, verdadera furia anticlerical, pregonaba á voz en grito, y gozándose por ello, la derrota del partido católico; y con objeto de celebrarla debidamente, entró en una pastelería á comprar algunas golosinas, profiriendo blasfemias y mofándose del sentimiento religioso de los vencidos.

En el mismo momento, dentro de la pastelería, quedó muda repentinamente, y al día siguiente comparecía ante el tribunal de Dios.

¡Pero cuántas casualidades!

Es para infundir pavor en el ánimo más sereno esa serie de castigos terribles, impuestos por la casualidad á los que se burlan de la religión ó persiguen á sus ministros.

Por esto yo, advertido á tiempo de estas bromas pesadas de la casualidad, (nombre modesto de la Providencia), he dedicado toda mi vida á enaltecer la religión y sus ministros.

Y aquí me tienen ustedes tan fuerte de cuerpo y espíritu, á pesar de mis muchos años, y cada vez más dispuesto á continuar por este santo camino.

Recomiendo, por lo tanto, que me imiten aquellos que quieran vivir tranquilamente en este valle de lágrimas, de tontos y de embusteros sinvergüenzas (vulgo clericales).



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACION)

capitán que los mandaba, al oír la voz de ¡alto el fuego!, en un arranque de valor y de fiera gritó á sus subordinados: «¡fuego, muchachos! ¡Aquí no debe rendirse nadie mientras quede vivo un solo hombre!»

Después de rendidos los que hemos dicho, faltaba que lo efectuasen tres soldados y un voluntario que, situados en la torre, desobedecieron el toque de alto, y desafiando la muerte continuaron disparando sobre los carlistas.

Estos, á pesar de su superioridad numérica, rociaron con petróleo la iglesia y le prendieron fuego para acabar con ellos. Y sólo entonces, cuando ya no había medio humano de defensa, extenuados, asfixiados y sin municiones, se entregaron.

El acto heroico de aquellos cuatro hombres merecía que se les concediera la rendición con todos los honores de la guerra. Aquella patulea, en vez de esto, fusiló al voluntario apenas se entregó, delante de sus tres compañeros, y no sólo á él, sino á cinco más.

Y cometieron esta iniquidad después que los defensores de Berga se rindieron bajo promesa de libertad, ellos, los muy cobardes, que durante el ataque no se dejaron ver en ninguna calle donde había peligro, y sólo cuando desapareció del todo comenzaron á cometer desmanes y atropellos.

La casa conocida por la *Caseta* fué saqueada, como igualmente la conocida por *Casa Negra*, y la del farmacéutico; el *Hostal* lo fué también y quemado después. Entre aquellos infames iba un capellán armado de revólver y sediento de fusilamientos, y otro que se decía mariscal de campo.

¿Y el comandante militar, Sr. Morales? Su conducta fué la de un traidor alevé, pues se le vió al poco rato de efectuarse tales horrores, conversar y pasear muy placentero con los cabecillas.

Su traición, sin la cual no hubieran entrado en Berga los carlistas, entregó su nombre á la execración pública.

«Berga no ha sido tomada por las armas, ha sido comprada, decía un jefe liberal en una carta que publicó la prensa. Su comandante militar, capitán Morales, ha entregado todo sin resistencia, marchándose después con los carlistas.

La tropa y voluntarios de Tarragona van presos, siendo fusilados en todo el trayecto por pelotones de ocho y diez. Las últimas noticias son que lo han sido ya todos los voluntarios (excepto diez ó

doce que se les han unido) y algunos soldados y paisanos.

Los defensores de Dios han quemado la iglesia principal y una fábrica, saqueándolas, así como la mayor parte de las casas de los liberales de ésta. Entre todos ellos se ha distinguido un cura que, sable en mano, confesaba á los que iban á ser fusilados.

Al aproximarse los carlistas se armaron todos los de ideas liberales, y con ellos algunos que aunque se les conocía como carlistas, lucharon contra ellos. Mientras los bandidos avanzaban, el comandante militar tocó retirada y encerró la fuerza en el cuartel para después entregarla sin disparar un tiro; los que hicieron resistencia han sido fusilados por el camino, á pesar de la palabra empeñada por el titulado infante don Enrique, de perdonarles la vida.

Ayer trajeron á ésta desde una casa de campo inmediata cuatro cadáveres de los de Tarragona, muertos á bayonetazos.

Esta es la triste verdad, y no los pomposos partes que en esas publicarán los defensores de estos saltadores de caminos y asesinos, apellidados carlistas.

El alcalde de Berga publicó en la prensa una carta confirmando la traición del capitán Morales y formulando contra él duros cargos.

Y el capitán general de Cataluña don Juan Contreras, en el parte oficial que dió el 30 desde Berga, confirmó lo de la traición y dió noticia de que se instruya sumaria, de la que resultaba que solamente los voluntarios francos y los del pueblo, con unos cuantos soldados, habían hecho la defensa; que Morales tuvo la tropa encerrada en el cuartel, sin mandar socorro á ninguna parte, por más que los puestos del recinto lo reclamaron varias veces; y por último, que cuando unos cuantos oficiales trataban de apoderarse de él para proveer por su parte á la defensa, abrió á las facciones la puerta del cuartel, en donde ya se habían reconcentrado todas las tropas, que desmoralizadas por la conducta de su jefe, fueron desfilando entregando las armas antes que aquellos pudieran evitarlo.

El simulacro de capitulación que ajustaron fué confiarse por completo á la palabra de honor de los cabecillas y del llamado infante D. Enrique, que después de eludir, con el auxilio del comandante militar el firmar un acta, les ofrecieron, sin embargo, ya prisioneros, la conservación de la vida á todos, promesa formal que no han cumplido, pues desgraciadamente á estas horas Saballs ha fusilado, mejor dicho, ha asesinado

á bayonetazos y puñaladas, 67 voluntarios de los que de francos se llevó.

Después se supo que no fueron 67, sino 85 las víctimas sacrificadas, faltando á una solemne capitulación; y no fusilados sino asesinados en su marcha, por sorpresa, á tiros y bayonetazos, sin ninguna intimación, aviso ni preparación, precisamente cuando creían que se les iba á dejar en libertad como se les había ofrecido.

Aquello fué una matanza, una horrible carnicería de la que no hay ejemplo; en tales términos, que algunos jefes carlistas, luego que tuvieron noticia de lo ocurrido, desaprobaron la infamia y se quejaron á D. Alfonso con quien se disculpó Saballs inventando la calumnia de que haba hecho fusilar á los prisioneros (lo cual no era cierto, pues casi todos murieron á bayonetazos), no en calidad de enemigos, sino porque habían proferido frases ó palabras altamente ofensivas para D.^a Blanca. Más tarde se disculpaba diciendo que le habían ordenado aquellos asesinatos don Alfonso y D.^a Blanca.

¿Fué horroroso todo eso, no es cierto? Pues lo fué más aún que los republicanos de Madrid consintieran, sin haber arrastrado por las calles á la redacción en masa, que el canallesco periódico *La Verdad*, hablando de los sucesos de Berga, tachase al gobierno de hipócrita, ilegítimo y faccioso, declarase traidores á los asesinados por Saballs, dijese que estuvieron bien fusilados, y comentara con frases laudatorias la traición de Berga, escribiendo además:

«Tan extraordinario acontecimiento ha consternado de tal modo á los liberales de todos matices, que ya el nombre de Saballs causa terror y espanto entre las bandas republicanas.

Esperamos detalles de tan glorioso acontecimiento, que basta por sí solo para mostrar á España y á Europa la pujanza y valentía de los cruzados catalanes.»

¿Y después de insultar de tan villana manera al país y de excitar constantemente á los bandidos de sotana y á los petroleros del catolicismo, se lamentaban los periodistas trabucaires de que no había libertad de imprenta!

¿Y el farsante que acataban como rey los carlistas, resolvió después perpetuar en medallas de bronce los fusilamientos de Berga!

Para que sus medallas hubieran sido fiel recuerdo de la horrible hazaña, debieron haber representado un horroroso incendio, y á los carlistas persiguiendo á niños y mujeres entre las llamas, y

(Continuará.)

(FOLLETÓN 61.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

mente yerra, es humorista que, también seriamente, embroma á todo el mundo, es que, hablando de la diferencia de altura de obra muerta del buque Ansaldo sobre el Vickers, dice en un lugar del entretenido informe, que es muy pequeña; y unas páginas después, que es muy grande (excesiva).

Y ahora, para terminar este capítulo, y para que se vea que en aquella monarquía el buen humor no le falta por completo á nadie, así no se trate ya de los señores del reino, haremos observar que el candoroso funcionario á que antes hemos hecho referencia, ofreció, dió, sacrificó todo á la causa que él y sus admiradores y amigos defendían. Carrera, libertad, salud, de todo se desprendió, de todo, menos de su secreto: los fundamentos ó pruebas de la denuncia hecha. Y sus amigos y admiradores, entre los cuales se contaba la mayor parte de los electores de Madrid, le dieron toda suerte de muestras de simpatía y aprecio: tarjetas, visitas, cartas, flores, vivas, aclamaciones, y hasta tumultos en las calles, afrontando, no impunemente, á la fuerza pública. Todo se lo brindaron; todo se lo dieron, todo, menos un acta de diputado que le hacía falta.

De manera que bien podemos decir que, en lo que toca al famoso concurso, el gobierno ha embromado á las naciones europeas, el adjudicatario al gobierno, éste al denunciador, el denunciador á los electores, los electores á él, el consejo al país, el ministro al consejo; y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo.

CAPÍTULO XXXIV

LOS MÉDICIS DE ESPAÑA. ESPLENDOR QUE AGUARDA Á LA NACIÓN, Y PELIGRO QUE AMENAZA AL PUEBLO.

Ha de saber el lector que en España hay Médicis; ha de saber que en tan glorioso particular la España de hoy no tiene que envidiar nada, ni á la antigua señoría de Florencia, ni á lo que, con esta hermosa ciudad por capital, fué luego gran ducado de Toscana.

En efecto. Aunque no procediesen, y hay quien afirma que proceden, de tan ilustre familia, siempre merecían pertenecer á ella dos químicos, de apellido etrusco, que en aquella monarquía protegen las ciencias y las artes, socorren al menesteroso, alientan y dan facilidades al proletariado, emplean su fortuna en las más nobles y populares empresas, é influyen activa y decisivamente en los negocios públicos, pues su manera de ser y de conducirse es propia y respectivamente la de los dos más renombrados Médicis italianos, ya que uno de los españoles, sin llamarse Cosme, se está ganando el dictado de «Padre de la Patria», y el otro, aunque no se llame Lorenzo, háse conquistado el de «Magnífico».

Con tan ilustrados y espléndidos Mecenas, con tan hábiles y exquisitos industriales (la química de su preferencia es la de los perfumes), con tan preclaros y beneméritos ciudadanos, artes, letras y ciencias están de enhorabuena en aquella monarquía, y el día de mañana llegarán á estarlo en todo el mundo, pues todo hace creer que á estos Médicis puede ser debido un renacimiento semejante á aquel que los florentinos contribuyeron tanto á determinar.

Mas ¡ay! Bien sabe el lector que en otro aspecto de los humanos negocios, decir Médicis, es decir «tirano», lo que cualquiera creería que está en la naturaleza de las cosas y de las personas, porque, aun cuando se resista uno á tenerlo por cierto, la verdad es que, por regla general, los tiranos más tiranos han sido los hombres más dados á proteger, si no las ciencias, las artes, y, muchas veces, las letras también. Y no sólo no parece que los Médicis españoles se han de sustraer al fatal destino, sino que todas las señales son de que, aunque su propósito no sea tiranizar al pueblo, tienen el plan de dominarlo, esto es, de incautarse del poder supremo constituyendo en la persona de uno de ellos ya una señoría ó gonfalonaría, ya un gran ducado, ya quizás ¡quién sabe! hasta un imperio. Bajo su mando el pueblo progresará, no cabe duda; pues la primera medida que tomarán será hacer obligatorio el jabón, y el agua de azahar también, que ellos fabrican; y ya con esto sólo, aquellos ciudadanos se colocarán, en aseo y buen olor, á la cabeza del mundo civilizado; pero... ¡adiós libertad!

De todas maneras puede asegurarse que, si es simplemente señoría lo que les sea dado ó ellos crean con-

veniente establecer, el «Magnífico» será el gonfalonero.

Y no por no sentirse con ánimos y condiciones de gran duque, y aun emperador, sino porque como el mando, mejor dicho, la tiranía será igual en los tres casos, el «Magnífico», que parece que es, de los dos Médicis hispanos, el más descoso y decidido á tomar en sus propias y exclusivas manos la suerte del país, ha comprendido que con tan modesto título le será más fácil alcanzar su objeto. A este propósito, lo primero que hizo fué dejar Sevilla, donde la ilustre familia tiene la fábrica de productos químicos, y establecerse en Madrid, sin duda para estar cerca del palacio real.

Lo que en la corte ha hecho, es casi inenarrable. Algo, sin embargo, hemos de decir, así sea relativamente poco, para dar al lector ligera idea de cómo se hacen esas cosas, esto es, de cómo debieron de hacerlas los Médicis italianos para constituirse, siendo simplemente unos comerciantes, en dinastía soberana, asentada en el riñón de Italia, y aun en el del mundo entonces civilizado. Y no habrá necesidad de advertir que muchas veces, los medios empleados, aunque siempre de la misma índole, no habrán podido tener en los siglos xiv ó xv exactamente la forma que en el xx. Por ejemplo, en tiempo de los Médicis italianos no había fotografía, mientras que ésta ha podido servir y ha servido de mucho á los Médicis españoles, para irse ingiriendo en la mente, y aun en el corazón mismo del pueblo, siendo el gonfalonero en ciernes el que ha usado más de tal recurso. Así, puesto que el lector seguramente sabe lo que eran y cómo se llamaban aquellas ninfas ó diosas del mar que con dulcísimos cantos atraían á los navegantes y los hacían perecer, puede decirse del «Magnífico» que es un sireno; porque el transeunte de alguna significación que, á pie, ó en coche ó automóvil (sobre todo en automóvil) acierte á pasar cerca de la que, en metáfora que se cae de su propio peso, hemos de llamar caverna, donde aquél tiene establecidas sus empresas editoriales, es atraído á ella irremisiblemente y... fotografiado en compañía de él.

De su magnificencia no hay que hablar. «Seis lujosos pares de botas y zapatos», que para contemplación y admiración del mundo han estado expuestos en Madrid en un escaparate, regaló á una dama sólo por su